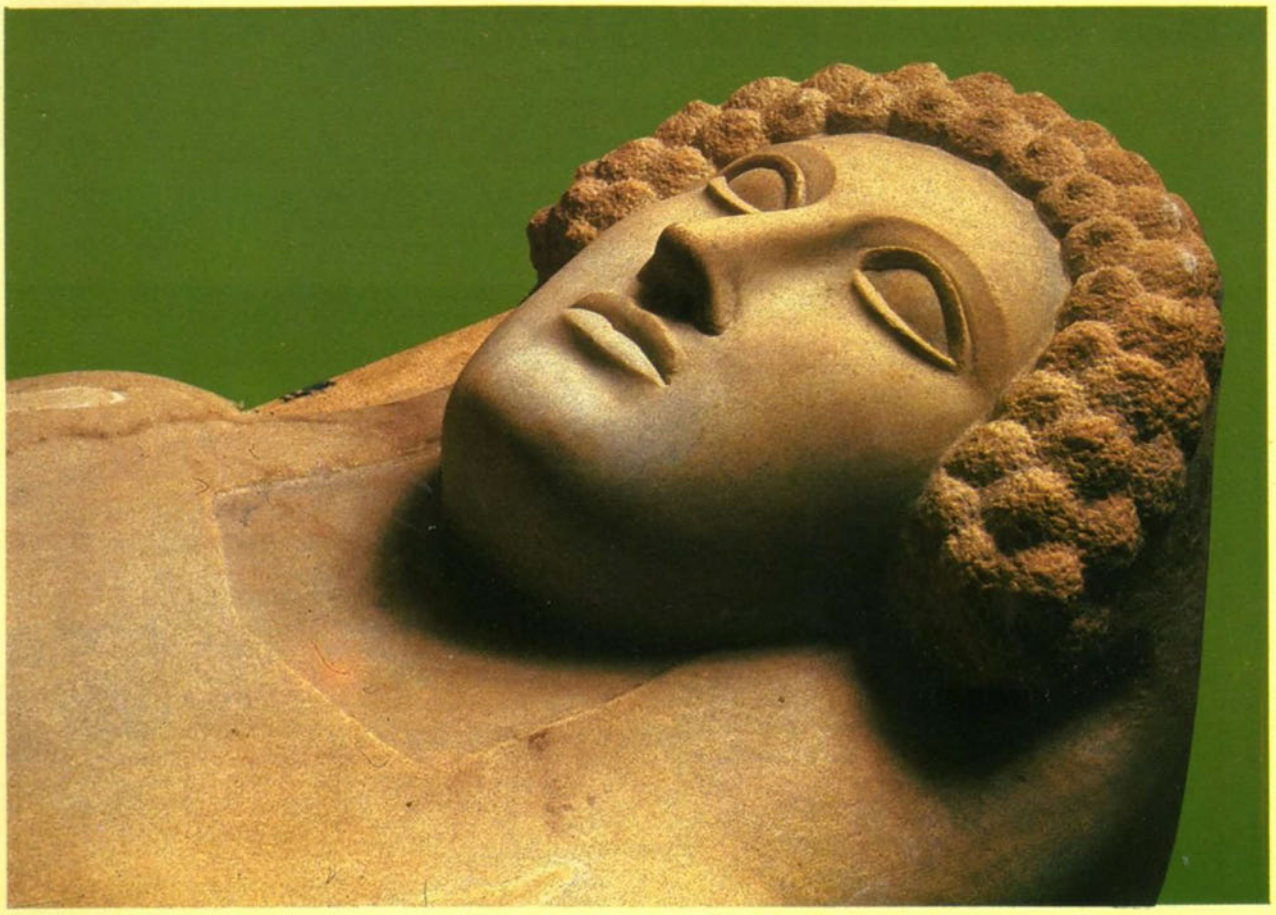
CUADERNOS
historia 16

Los fenicios

A. Blanco Freijeiro, Carlos González y Hermanfrid Schubart



1

125 ptas

CUADERNOS
historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Las Comunidades • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: Las herejías medievales • 67: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 68: El reinado de Alfonso XII • 69: La Segunda Guerra Mundial (2) • 70: El nacimiento de Andalucía • 71: Los Olmecas • 72: La caída del Imperio Romano • 73: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas
REDACTOR JEFE: Javier Villalba
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez
CONFECCION: Guillermo Llorente
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán
Es una publicación del Grupo 16
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66

DIRECTOR GERENTE: Jose Luis Virumbrales Alonso
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléf. 407 27 00
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga
PUBLICIDAD MADRID: María del Carmen Nieto. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 228 84 01, 228 47 03 ó 218 50 16
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel.: (94) 435 77 86
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid)

ISBN 84 85229 76 2, obra completa
ISBN 84 85229 77 0, cuadernos
ISBN 84 85229 78 9, tomo I
Depósito legal: M. 41 536 – 1985

Busto fenicio de procedencia sidonia, del siglo VI a.C.

Indice

LOS FENICIOS

Marinos y mercaderes

Por Antonio Blanco Freijeiro 4

Catedrático de Arqueología Clásica.
Universidad Complutense de Madrid.
De la Real Academia de la Historia.

Dueños del Mediterráneo

Por Carlos González Wagner 15

Profesor de Historia Antigua.
Universidad Complutense de Madrid.

Los fenicios en Iberia

Por Hermanfrid Schubart 24

Director del Instituto Alemán de Arqueología de Madrid.

Bibliografía 31

LAS naves fenicias dominaron el Mediterráneo y posibilitaron un intenso intercambio económico y cultural entre los pueblos de Oriente y Occidente durante la primera mitad del I milenio a. C. en este Cuaderno, *que estudia la aventura de ese pueblo emprendedor, Antonio Blanco Freijeiro presenta los rasgos específicos de la civilización de los fenicios de Tiro, Sidón, Biblos, etc.; Carlos González Wagner describe sus principales asentamientos en las costas del Mediterráneo central, y Hermanfrid Schubart sigue sus huellas arqueológicas en la Península Ibérica.*

Marinos y mercaderes

Por Antonio Blanco Freijeiro
Catedrático de Arqueología Clásica. Universidad Complutense de Madrid

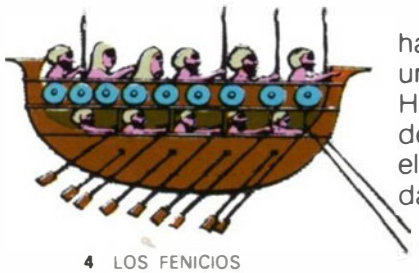
PUEDE haber sucedido hace cosa de dos mil años: el sacerdote de un santuario griego que explica a unos visitantes las muchas curiosidades acumuladas en aquel lugar en el curso de los siglos, se detiene ante una tabla de bronce, y ahuecando la voz, como suelen hacer cuando la pieza exhibida es digna de un énfasis especial, dice a sus oyentes:

—He aquí, amigos, la relación de las potencias navales que fueron señoras del mar Egeo tras la caída de Troya, y de los años en que cada una ejerció la soberanía: primero, los lidios y los meonios, noventa y dos años; después, los pelasgos, ochenta y cinco; después, los tracios, setenta y nueve; tras éstos, los rodios, veintitrés; seguidamente, los frigios, veinticinco; tras ellos, los chipriotas, treinta y tres; luego, los fenicios, cuarenta y cinco.

De esta guisa nuestro cicerone ha desgranado nombres y cifras y termina su retahíla tras nombrar a los eginetas, que dominaron los mares durante diez años. El privilegio pasó después a Atenas, que lo seguía manteniendo cuando el documento se redactó, y esperaba conservarlo a perpetuidad —pues por algo lo mandó grabar en bronce—, como Inglaterra habría de hacer siglos más tarde.

Uno de los componentes del grupo, Diodoro Sículo, toma buena nota de cuanto el hierofante está diciendo; años más adelante dejará constancia de ello en su *Biblioteca;* de ésta lo tomará Eusebio para su *Corografía* y sus *Cánones:* se trata del inventario de las talasocracias, o dominaciones hegemónicas del mar, que tuvieron lugar entre la caída de Troya (1184 a. C.) y la constitución de la Liga Ática (en el 480 a. C.)

¿Quiénes eran aquellos fenicios que tenían la osadía de inmiscuirse en un mar griego que hasta el saco de Troya había estado en manos de la talasocracia cretomicénica?



Para dominar el Egeo hacían falta una flota o una base naval en el Helesponto, la puerta del mar Negro; otra en el centro de las Cícladas, en Naxos o en Delos; dos más a los flancos de Kárpathos; otras dos en los de Ogylos, y quizá alguna más en pasos de alcance más restringido, pero igualmente estratégico, como los estrechos de Eubea.

¿Reunían los fenicios —tan distantes de los griegos, que Homero tenía una noción muy vaga de por dónde caía Fenicia— los debidos requisitos para sostener tal talasocracia?

El mismo Homero respondería afirmativamente, pues él conocía muy bien a los mercaderes fenicios y valoraba sus excepcionales dotes de marinos *(nausíklytoi)* y artífices *(polydaídaloi).* Con Homero aparece por vez primera en la historia la palabra *fenicios* para designar a esta rama de los cananeos (así se autodenominaban ellos: *cananeos)* asentada en la franja costera del Líbano.

En alguna ocasión en vez de *fenicios* —que en griego quiere decir *hombres de la púrpura*— Homero los llama *sidonios,* como oriundos o súbditos de la poderosa Sidón, una de las principales metrópolis de Fenicia.

El concepto de marinos abarcaba en la antigüedad varias acepciones, no todas lisonjeras hoy día, y parece como si los fenicios las hubiesen acaparado todas: exploradores, mercaderes, pescadores, piratas...

Homero cuenta de los fenicios una historia reveladora de su falta de escrúpulos. Es la historia de Eumeo, el porquero de Ulises.

¿Cómo había venido a parar aquel hombre, de noble cuna, a la escarpada Ítaca a ejercer de cuidador de las piaras que constituían la mayor riqueza del señor de la misma? El propio Eumeo la refiere:

Hijo del rey de una isla del Mediterráneo occidental, Syrie, que podría ser una de las Sirtes, frente a las costas de Túnez, fue raptado de muy niño por los mercaderes de un barco fenicio, que acabaron vendiéndolo a Laertes, el padre de Ulises.

La operación fue llevada a cabo a instancias y con la complicidad de una esclava sidonia, a quien Eumeo estaba confiado, y que así pretendía pagar a los raptores del niño el precio de su propia liberación y devolución a su patria.

Mujer en la ventana (marfil de Nimrud, siglo VIII a. C., Museo Británico, Londres)

Joyas fenicias procedentes de Sidón, siglo V-IV a. C. (Museo Nacional, Beirut)

Jinete fenicio (terracota procedente de Jalde, siglo VII a. C., Museo Nacional, Beirut)

Por el relato nos enteramos de que el barco permanece fondeado un año en el puerto, hasta que sus tripulantes dan salida a todas las baratijas que llevan a bordo, al tiempo que cargan las mercancías adquiridas a cambio.

El que al final lleva el aviso a la sierva infiel *era un astuto mozo que vino a casa ofreciendo un collar de cuentas de oro y ámbar. Las mujeres estaban en el salón* (mégaron) *y con ellas mi madre; todas manosearon el collar, se lo pasaron de una a otra, lo admiraron codiciosas, regatearon el precio.* (*Odisea* XV, 459 ss.).

La escena resultaría familiar a los oyentes de Homero. En efecto, los fenicios eran muy hábiles

en la fabricación de esas joyas, que el poeta griego denomina *athyrmata*, esto es, *preciosidades*.

Fenicia no constituía un Estado unificado, sino un conglomerado de ciudades y villorrios costeros, independientes entre sí, y asentados los unos en islas (Tiro, Arvad), los otros en penínsulas (Biblos, Sidón, Beirut), desde las cuales dominaban un trozo de tierra firme suficiente para abastecerlas de los productos de la agricultura y de la ganadería.

Pero sus verdaderos intereses radicaban en la industria y en el comercio; sobre todo, en el comercio marítimo.

De esta forma vivía y prosperaba desde tiempo inmemorial la casi mítica Biblos, edificada por el dios El en persona. Y si esta pretensión podía ser objeto de debate, no lo era en cambio la de que en ella radicaba uno de los centros más viejos del culto de Astarté, la diosa de los astros, de la navegación y del amor.

Las relaciones de Biblos con Egipto, al que suministraba los codiciados troncos de los cedros del Líbano, se remontaban a los orígenes mismos de la historia egipcia.

Más tarde, desde finales del II milenio a. C., en que empieza a perfilarse la Fenicia histórica, otras ciudades despuntan al lado de Biblos.

La primera será Sidón, a la que Homero alude cuando califica a los fenicios de *sidonios*. Pronto la seguirá Tiro, si no fundada, al menos repoblada por gentes de Sidón y muy digna rival de su metrópoli.

La prosperidad y el prestigio de estos minúsculos Estados-ciudades se debió en gran medida a la sagacidad y al tacto de príncipes cuyo cometido principal era la defensa de los intereses, e incluso de la supervivencia, de su respectiva ciudad, frente a Estados de análogo poder, o ante grandes potencias como Asiria, Babilonia o Egipto, a las que no había más remedio que acatar, rendir pleitesía y pagar tributo.

Como vecinos más próximos, posibles aliados o rivales, según las circunstancias, los fenicios tenían que contar con los filisteos (una de las ciudades de éstos, Ascalón, parece haber asolado a Sidón en cierta coyuntura), y sobre todo con los hebreos, que desde los tiempos de David (1000-961 a. C.) estaban dando muestras de su proverbial capacidad expansiva.

Por sus asiduas relaciones con Israel, la historia de las ciudades fenicias, y de Tiro en particular, tiene en la Biblia de los judíos una de sus fuentes de información más ricas y fiables.

La jefatura del Estado la ostenta el rey en cualesquiera circunstancias, incluso en las de sumisión y vasallaje, como acontece tras la incorporación de Fenicia al Imperio persa.

El monarca fenicio tiene a gala descender de reyes —esto es, formar parte de una dinastía—, levantar templos en honor de los dioses y desempeñar con dignidad y fasto los mismos sacerdocios ejercidos anteriormente por sus antepasados. Así lo declaran sus inscripciones:

Templo construido por Yahimilk, rey de Biblos. El es quien ha restaurado todos estos templos. Alarguen Baal Shamin, Baalat de Biblos y la asamblea de los santos dioses de Biblos los días de Yahimilk y sus años sobre Biblos, porque él es rey justo y rey recto ante los santos dioses de Biblos.

O bien: *Tabnit, sacerdote de Astarté, rey de los sidonios, hijo de Eshmunazar, sacerdote de Astarté, rey de los sidonios.*

Al lado del rey figura con cierta frecuencia un personaje civil con el título de *gobernador;* en una ocasión, un militar hace uso del mismo título.

Un consejo de ancianos, representantes de las familias más acreditadas, presumiblemente por sus intereses mercantiles, asiste al rey en sus deliberaciones y resoluciones. Seguramente en este grupo, que Diodoro estimaba compuesto por cien personajes, se encontraba la base del poder, conferido en ocasiones a dos de sus miembros, como los *sufetes* de Cartago y de Cádiz.

El régimen, por tanto, parece un compromiso bien logrado entre una monarquía, como la de todos los pueblos del Asia Anterior, y una oligarquía de probada solvencia económica.

Esta poderosa clase social tendría recursos y organización suficiente para construir y mantener sus flotas, financiar las expediciones y establecer sociedades aseguradoras que cubriesen los riesgos que en tan largas y peligrosas singladuras no podrían menos de acechar a las naves, aun limitando al verano la época de las más azarosas.

Los monumentos figurados llegados a nosotros, especialmente los relieves asirios, permiten comprobar la existencia simultánea de dos tipos de navíos, los panzudos cargueros y las temibles galeras de combate, provistas de aguzado espolón.

Las nuevas embarcaciones

El nacimiento de la Fenicia clásica se produce a partir del siglo XII a. C., tras el arrasamiento de Grecia y de la franja costera de Asia por obra de bárbaros y de los *pueblos del mar*, y de la desmembración del Imperio y del Estado hitita a manos de los mismos o de otros agentes.

El maremágnum lleva aparejada una verdadera revolución en la forma y en la potencia de las naves. No sabemos cuántas innovaciones se deben a los fenicios. Pero si no todas, parte de ellas, por lo menos, corresponden a estos grandes navieros.

La chispa desencadenante fue el invento del espolón (remate de la proa), alrededor del año 800 a. C. Ya se sabe que cuando se realiza una invención de ese orden, todo el mundo se apre-

sura a apropiársela; por eso no resulta fácil de dilucidar si el invento fue obra de griegos o fenicios; tanto unos como otros lo hicieron suyo de inmediato.

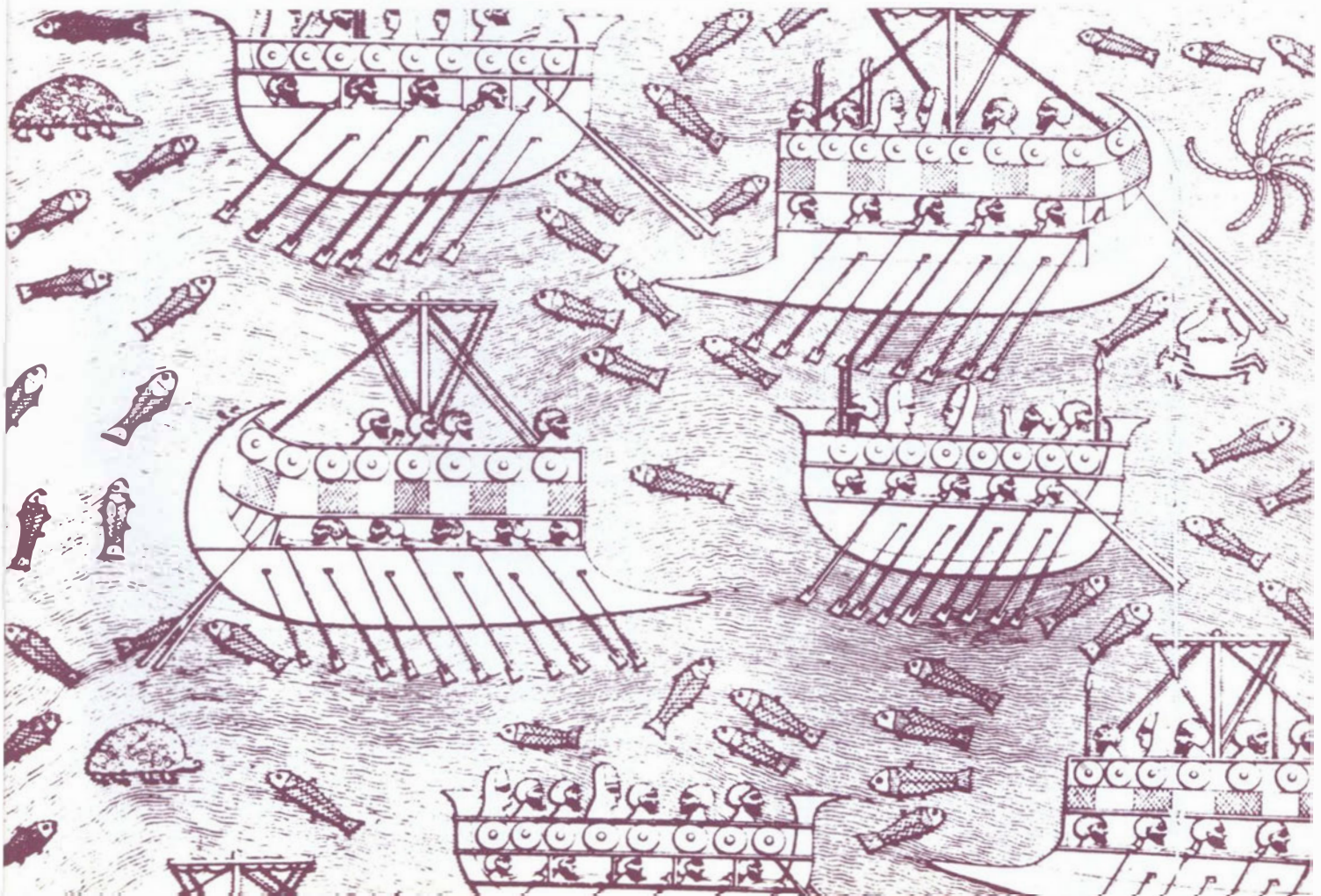
Si hasta entonces las embarcaciones de guerra eran simples transportes de guerreros que combatían con las mismas armas y la misma táctica que en las batallas campales, a consecuencia de la innovación y por muchos siglos constituirán verdaderas máquinas de combate, más importantes y decisorias, merced a su terrible embestida, que las armas individuales de la tripulación.

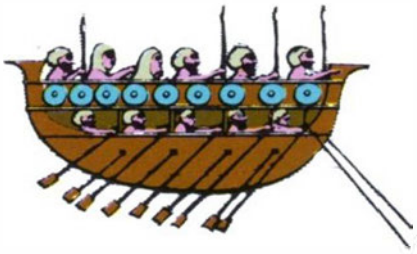
El cambio será tan revolucionario como el que andando los siglos se produzca en el siglo XIV de nuestra era, cuando instalado en un buque el primer cañón, los navíos de guerra se conviertan *ipso facto* y en primer lugar en plataformas de artillería.

Capacidad de maniobra y velocidad muy superiores a las hasta entonces usuales constituyen los más imperiosos requisitos de los nuevos buques. Y ni qué decir tiene que en un mar como el Mediterráneo, donde el viento es poco de fiar, especialmente en verano —la época de navegar—, la vela estaba condenada a convertirse en un instrumento secundario (del que se prescindiría a la hora de la verdad) en comparación con otro, el remo, que si ya conocido desde los orígenes de la navegación, entra ahora en su época de esplendor.

Los navieros fenicios celebrarán que estas novedades les permitan construir cascos más re-

Mapa de las ciudades fenicias en el Mediterraneo Oriental (arriba) *Evacuación de Tiro por los fenicios ante el ataque de Senaquerib (relieve asirio. 705-681 a C)* (abajo)





cios que los de los veleros tradicionales y más capaces de resistir la embestida del enemigo.

Al igual que las mercantes, las naves de guerra navegaban impulsadas por el viento; mas a la hora de la batalla, desguarnecían los palos y las velas.

La velocidad de crucero que los remos les permitían alcanzar era inferior a la del viento; pero bastaba para incrementarla a voluntad en un momento dado y en condiciones óptimas de obtener el resultado apetecido.

Una maniobra como la de virar podía realizarse en un trecho de poco más de una eslora.

Siendo el brazo humano la única energía capaz de accionar los remos, el logro de una mayor velocidad comportaba el incremento del número de remeros.

Para hacer sitio a éstos, cabía la solución de construir una nave más larga (pero también más débil y vulnerable) o la de superponer los remeros.

Tanto los fenicios como los griegos optaron por esta segunda solución, intercalando un remero entre cada dos de los existentes, sentado aquél en un orden de bancos algo más alto que el de sus compañeros.

Así nació el birreme. Los remeros del orden superior apoyaban los remos en la regala del buque, como se venía haciendo de antiguo, y aún se hace, mientras que los segundos los accionaban a través de unos agujeros o portas, abiertos por debajo de la regala (tablón que forma el borde de las embarcaciones).

Un paso más, y con la invención de la postiza (obra muerta para poner los remos), se llegó en el siglo VI a. C. a la adición de un tercer orden de remeros y a la creación del más prestigioso de los barcos de guerra de la antigüedad, el trirreme.

Para ponerse a la altura de estas embarcaciones y eludir sus posibles ataques, los mercantes adoptaron el mismo sistema de propulsión, como se aprecia en los dos tipos de buques utilizados por los fenicios cuando hubieron de evacuar Tiro ante el ataque de Senaquerib.

La señal más llamativa es la carencia de espolón por parte de los cargueros; pero también había otras diferencias, pues estos mercantes tienen la manga (anchura) un poco mayor para ganar espacio y capacidad de carga. Los griegos llamaban *gaulós* (bañera) al mercante fenicio, seguramente por su forma, más redondeada que la de su equivalente griego.

Otra particularidad que les llamaba la atención era la de los mascarones de proa, en forma de cabeza de caballo, y las efigies de los dioses enanos *(pataikoi,* los llama Heródoto) que los fenicios ponían en aquel mismo lugar para preservar a la nave del maleficio.

Varios pasajes bíblicos, del *Libro de los Reyes*

en particular, nos ponen en relación con un personaje fenicio que contribuyó poderosamente al engrandecimiento de Israel: el rey Hiram, de la ciudad de Tiro.

La primera ayuda se la prestó a David, proporcionándole los operarios que construyeron su palacio. Más adelante, y reinando ya su hijo y sucesor, Salomón (961-923 a. C.), envió Hiram a éste una nueva cuadrilla de arquitectos y obreros de la construcción para edificar otro más importante: el templo de Jehová, en Jerusalem.

Pero no acabaron aquí las ayudas, pues cuando Salomón, rey de un pueblo ajeno del todo al mar y a la navegación, se empeñó en hacer realidad el fantástico sueño de una expedición transoceánica, Hiram le proporcionó los ingenieros navales y los pilotos que construyeran las naves y las gobernaran.

La noticia está muy clara en *Reyes* 9, 26-28: *El rey Salomón construyó también una flota en Eziongeber, que está próxima a Eilat, en la orilla del mar Rojo, en tierras de Edom. Para esta flota le envió Hiram una tripulación de gentes de su pueblo, expertos marineros, que colaboraron con los del pueblo de Salomón. Navegaron hasta Ofir y trajeron de allí oro, una suma de 420 talentos que aportaron a Salomón.*

Por si esto fuera poco, algo más adelante, en 10,22, topamos con estos versículos: *Pues el rey tenía su propia flota de Tarsis en el mar en compañía de la flota de Hiram; cada tres años llegaba a puerto la flota de Tarsis trayendo oro y plata, marfil, monos y pavos reales.*

¿Para qué queremos más? Pasajes como estos, y nada menos que de la Biblia, han dado pábulo a mil sueños de grandes aventureros, pilotos y cosmógrafos. Colón mismo, cada vez que tropezaba con las galerías de una mina de oro en el Nuevo Mundo, primero en La Española y después en Veragua, sentía la satisfacción de haber llegado a las minas de Ofir y de Tarsis, con las que estaba obsesionado desde que había alimentado con lecturas sus sueños de descubridor.

Lo único que se ha podido averiguar de Ofir y de Tarsis es que la primera, a tenor de los productos que de ella se traen, debía de ser un país tropical de las riberas del Indico.

En cuanto a Tarsis, cabría decir otro tanto. Colón así lo creía y declaraba en varios escritos suyos, entre ellos en la carta al Papa Alejandro VI, de febrero de 1502: *Esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ophir y Ophaz e Cipanga, y nos le havemos llamado Española*, dice refiriéndose a la actual Santo Domingo.

No obstante, en la erudición española, desde el siglo XVI, se abrió paso la interpretación de esos y de otros pasajes en que se habla de Tarsis como si se tratase siempre de un país del Mediterráneo occidental frecuentado por los fenicios, olvidando que la base de las naves de Salomón radicaba en Eziongeber, muy probablemente la isla de Geziret el Fara'un, al fondo del golfo de Aqaba, desde donde no se podía llegar

Joven junto a un árbol del loto (marfil procedente de Nimrud. Museo Británico. Londres)

Cabeza de mujer (marfil procedente de Nimrud. Museo Británico. Londres)

Leona devorando a un negro (marfil procedente de Nimrud. Museo Británico. Londres)

al extremo oeste del Mediterráneo sin dar la vuelta al continente africano, como hacen hoy los grandes petroleros.

Si no hubiera más Tarsis que ese, el identificado con Tartessos en el mediodía hispánico, la expresión *flota de Tarsis* se referiría a naves capaces de realizar grandes travesías, aunque éstas no se hiciesen necesariamente con rumbo a Tarsis, como cuando se habla de transatlánticos no es obligado referirse sólo a barcos que surcan el Atlántico.

Es evidente que todo el Mediodía hispánico fue asiduamente visitado y aun colonizado por los tirios. El problema estriba en saber si ese Mediodía —Andalucía, Murcia y el Algarve portugués— y el Tarsis de la Biblia fueron una misma cosa.

Salvo el oro y la plata, los otros productos que la flota de Tarsis y las naves de Salomón traen a su puerto de origen —marfil, monos y pavos reales— no son propios de la Península Ibérica; pero sí lo son los que, en textos de época posterior, la Biblia atribuye al comercio de Tarsis con la ciudad de Tiro.

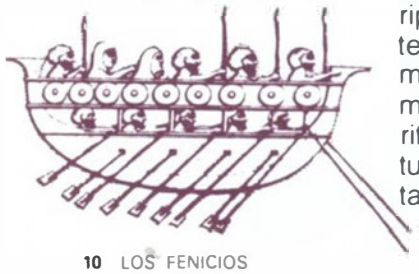
Así, el pasaje de la profecía de Ezequiel en que, dirigiéndose a Tiro, le recuerda su esplendor pasado: *Tarsis era tu mercader a causa de la multitud en toda clase de tus riquezas: con plata, hierro, estaño y plomo comerciaba en tus ferias.* El pasaje tiene todos los visos de referirse al emporio que los griegos denominaban Tartessos, de cuya ubicación en el Mediodía hispánico no hay la menor duda.

En todo caso, la gran aventura ultramarina de los fenicios reportó a la metrópoli los fabulosos beneficios que Diodoro cuenta en su magnífica síntesis de la historia de Fenicia: *Y gracias al comercio de la plata, que llevaban a Grecia y Asia y a todos los demás pueblos, allegaron grandes riquezas. Y así, merced a ese comercio, realizado durante mucho tiempo, experimentaron un crecimiento que les permitió establecer muchas colonias, unas en Sicilia y en sus islas adyacentes, otras en Africa, y en Cerdeña, y en Iberia.*

Amén de comerciar y de surcar el Mediterráneo en toda su extensión, los fenicios desempeñaron un papel muy señalado en el campo de los descubrimientos geográficos. La mayor proeza la realizaron hacia el año 600 a. C.

Como siglos antes Salomón, ahora el faraón egipcio Neco recabó su ayuda para una expedición más atrevida: circunnavegar el continente africano partiendo del mar Rojo rumbo al sur y volviendo por el flanco occidental de Africa y el estrecho de Gibraltar.

Tres años tardaron en llevar a cabo aquel periplo, que había de interrrumpirse durante los meses de invierno y primavera, no sólo por el ritmo estacional acostumbrado entre los nautas antiguos, sino para dar tiempo a sembrar grano y recolectarlo.



Ciertos aspectos del viaje que parecían increíbles a nuestro informador, Heródoto (IV, 42), como el de que, al dar la vuelta al Africa, el sol se hallaba a mano derecha de los expedicionarios, avalan la veracidad del hecho a juicio de los geógrafos modernos.

Fieles a la tradición de sus antepasados, dos almirantes cartagineses escribirán también gloriosas páginas en la historia de los descubrimientos: Hannón, como explorador del oeste de Africa, e Himilcon, como descubridor de la ruta del estaño y de vastas extensiones del Atlántico en torno a las islas Británicas. Ambos exploradores dejaron relaciones de sus viajes, citadas y utilizadas por autores como el poeta Avieno.

El mito de Pigmalión

Como Pigmalión de Tiro —el hermano de Dido, princesa fundadora de Cartago—, este otro Pigmalión también era fenicio y rey, rey de una colonia fenicia de Chipre.

Pero su fama no le viene de esa calidad, sino de su talento de artista y del prodigio que se operó con una de sus obras. Fue el arquetipo del fenicio capaz de hacer con sus manos verdaderos milagros, a poco que los dioses secundasen su intención.

Pigmalión arrastraba un complejo, o como hoy suele decirse, estaba traumatizado. Lo estaba por haber sido testigo de excepción de la perversidad y contumacia de las Propéticas, unas paisanas suyas a las que Venus acabaría convirtiendo en piedras.

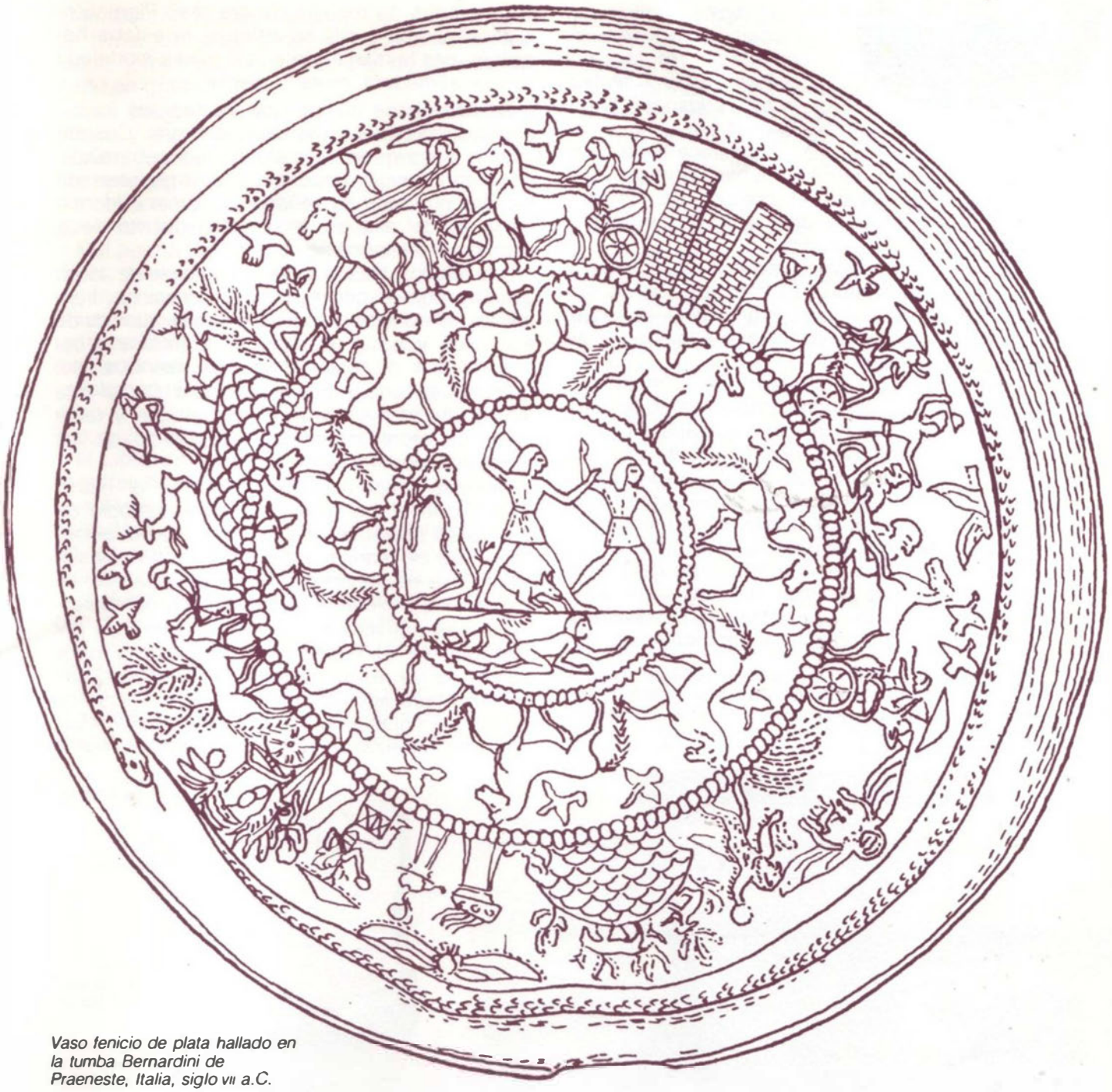
Convencido de que la maldad anida en el corazón de toda mujer, Pigmalión vivía célibe. *Mucho tiempo llevaba* —como diría Ovidio— *sin compañera de lecho (thalamique diu consorte carebat)*, cuando su instinto reprimido de impulso a poner todas sus facultades de artista en una figura de niveo marfil, de una perfección formal inalcanzable por cualquier mujer nacida de madre.

Pigmalión se enamoró perdidamente de su obra. El rostro de la estatua era el de una virgen; diríase que vivía y que, si el pudor no se lo vedase, querría moverse.

En el pecho de Pigmalión se enciende el deseo de poseer aquel cuerpo. A menudo lo toca con la mano, inseguro de si es marfil o carne lo que sus dedos palpan; lo besa y cree ser besado; le habla, lo abraza...

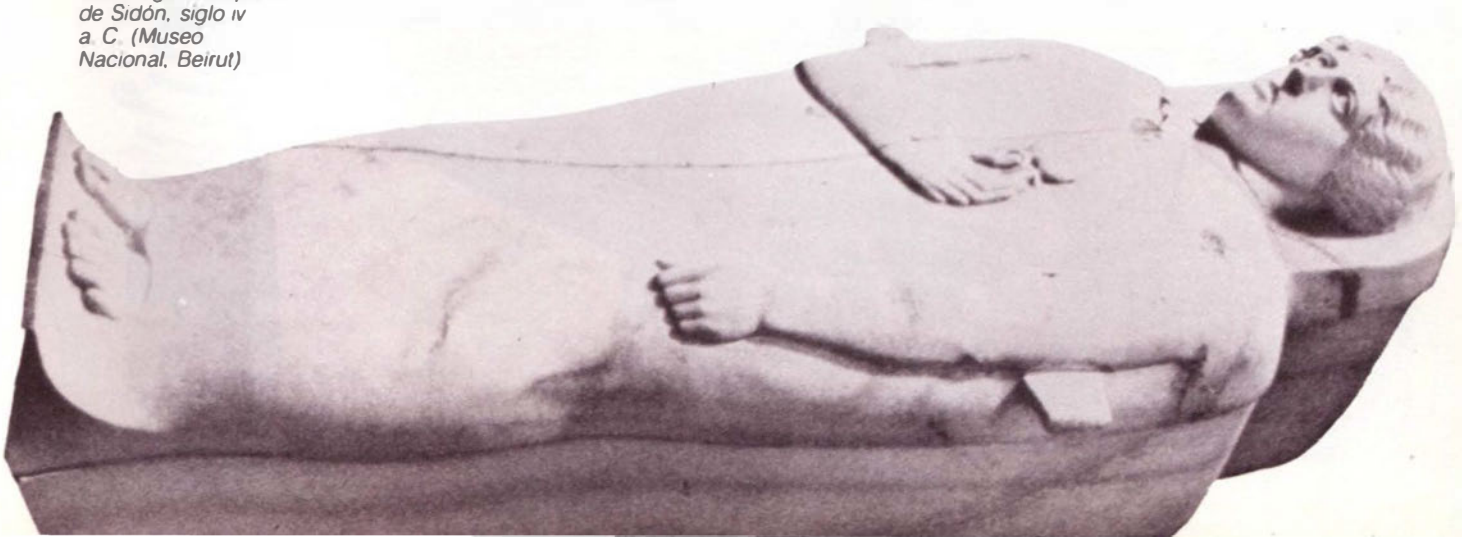
El día de la fiesta de Venus, Pigmalión pide a la diosa que le dé una mujer semejante a su muñeca de marfil. La llama del sacrificio que acompaña a la súplica se enciende de manera prodigiosa: es la señal de que la diosa accede.

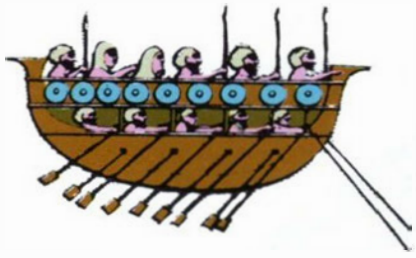
Pigmalión corre a casa, se arroja sobre la figura tendida en el lecho y la cubre de besos. La figura empieza a entrar en calor; Pigmalión *admovet os iterum, manibus quoque pectora temptat:/tempeptaum mollescit ebur posito rigore / sub-*



Vaso fenicio de plata hallado en la tumba Bernardini de Praeneste, Italia, siglo VII a.C.

Sarcófago antropoide de Sidón, siglo IV a. C. (Museo Nacional, Beirut)





*sidit digitis ceditque, ut Himettia sole / cera remollescit tractataque pollice multas / flectitur in facies ipsoque fit utilis usu**.

La historia tiene un final feliz. Al cabo de nueve lunas, la mujer da a luz una niña: llevará el nombre de Paphos, quien, a su vez, se lo dará a la isla de Chipre, reino de la dorada Afrodita.

La heroína del mito, la estatua-mujer, carece en cambio de nombre. El trasunto que de ella hizo Bernard Shaw en su *Pigmalión* —la florista convertida en dama de la alta sociedad— se llama Eliza Doolittle.

Los antiguos consideraban que el marfil era, entre todas las sustancias presentes en la naturaleza, la más afín a la carne humana. Por eso, cuando Deméter comió distraídamente un hombro de Pelops (a quien su padre, Tántalo, había descuartizado y servido a los dioses para hacer de ellos caníbales), los dioses se lo reemplazaron por un hombro de marfil a la hora de recomponer y devolver a la vida el cuerpo del héroe.

También por lo mismo, las más veneradas estatuas de dioses —las estatuas crisoelefantinas orientales y griegas— tenían carnes de marfil revestidas de ropajes de oro. Así, Pigmalión al fabricar con marfil su estatua, la estaba haciendo más humana que si la hubiese modelado con cera, madera, metal o piedra.

Se sabe hace tiempo que los fenicios fueron grandes maestros en la talla del marfil. Cuando Layard excavó en el siglo pasado el palacio asirio de Nimrud, encontró una larga serie de marfiles provistos de señales de ajuste en forma de letras del alfabeto fenicio, tan distinto de la escritura cuneiforme asiria.

Los fenicios habían sido los autores de todos aquellos objetos ceremoniales y suntuarios: fragmentos de estatuas grandes de dioses, adornos de tronos, de lechos y otras piezas de mobiliario; cetros, mangos de mosquiteros y de abanicos, etc.

En aquel tiempo, pues (siglo IX a. C.), el arte fenicio del marfil estaba en su apogeo y tenía cumplida representación en el palacio de los reyes más poderosos de la tierra.

De este modo vino a convertirse el marfil, siempre de la mano del oro, en el símbolo de las clases pudientes, de los ricos *que duermen en lechos de marfil* a expensas de los menesterosos, que no tienen dónde caerse muertos, tal y como los profetas fustigaban a los opresores.

Las casi actuales excavaciones realizadas por Mallowan en el Fuerte de Salmanasar y otros puntos de las residencias regias de Mimrud han incrementado aquella colección de marfiles con piezas tan notables como la *Mona Lisa de Mimrud*, una cabeza de mujer a la que el mismo

* Pigmalión la besa de nuevo, le palpa los senos. Tocándola, doblega su rigidez marfileña, la amasa y modela con sus dedos, la reblandece como el sol a la cera del Hineto y manipulándola reiteradamente con sus pulgares, la cambia de aspecto y la adapta a su conveniencia (N. de la R.)

Placa en marfil de un león sentado procedente de Nimrud, siglo VIII (Museo Británico, Londres)

Dos vidrios fenicios (Museo Nacional, Beirut)

Pigmalión no hubiese desdeñado prestigiar con su firma, los relieves del negro víctima de una leona, y multitud de otras piezas de un arte refinado en grado sumo.

Este capítulo es hoy el más brillante del arte fenicio y en nada desmerece de lo mejor de la escultura griega de la misma época. Es más: ese arte pone en evidencia la gran deuda que con el mismo contrajo la escultura griega en sus momentos iniciales.

Mal podría Salomón encontrar entre las gentes de su pueblo —simples beduinos hasta el día de ayer, como aquel que dice— artesanos y artistas capaces de levantar en honor de Jehová un templo digno del dios de Israel y una ornamentación acorde con el mismo.

Salomón ni siquiera lo intentó; por el contrario, una vez más recurrió a su buen amigo Hiram de Tiro, quien acudió diligente a la llamada.

El *Libro de los Reyes* deja bien claro que los hombres de Hiram, a más de construir el edificio, levantaron el tabernáculo que custodiaba el Arca de la Alianza y las estatuas, de madera de olivo, de los dos querubines que la coronaban, *los cuales querubines extendían sus alas de modo que el ala de uno tocaba a la pared y el ala del otro querubín tocaba a la otra pared, y las otras dos alas se tocaban la una a la otra en la mitad de la casa* (I *Reyes*, 6,27).

Estos querubines probablemente no eran los angelitos que uno se imaginaría, sino esfinges aladas (cherub, llamaban los semitas a la esfinge), como las que son muy corrientes en el arte sirio-fenicio y micénico del segundo y del primer milenio a. C.

El autor nos dirá, además, que las piezas de madera de olivo y de cedro utilizadas en el templo iban revestidas de oro, como no podía por menos de ser, tratándose de una ofrenda de Salomón.

Poco más adelante, el mismo texto (I *Reyes* 7,15) pondera la excelencia de los dos pilares de bronce, llamado el uno Jaquín y el otro Boaz, que flanqueaban y guardaban la puerta del templo por el exterior, y lo mismo la gigantesca pila denominada *el Mar de Bronce*. Así pues, entre los hombres de Hiram iban grandes especialistas: orfebres, lapidarios y hábiles fundidores de bronce.

En la especialidad de la orfebrería los fenicios no se conformaron con repujar y grabar el oro y la plata, sino que aprendieron de sus vecinos egipcios las técnicas del granulado y de la filigrana, y las perfeccionaron hasta tal punto, que sólo los griegos y los etruscos, tras aprenderlas a su vez de ellos, lograron alcanzar el máximum de lo imaginable.

Sólo en época muy reciente se ha conseguido averiguar el secreto de la fabricación de aquellas esferillas cuyo diámetro puede alcanzar la décima de milímetro y cómo soldarlas firmemente a la placa a la que están destinadas.

Este granulado forma unas veces sartas que realzan motivos repujados; otras veces cubre

Copa en forma de cáliz con decoración filistea, siglo XI a. C. (Museo Nacional, Beirut)

motivos enteros o los dibuja él mismo como una mancha de polen (lo que los italianos llaman *granulazione a pulviscolo)*. Tanto en un caso como en otro las joyas resultantes —broches, pendientes, brazaletes, medallones, collares, diademas— alcanzan una finura exquisita.

Se ha reprochado a los fenicios —y no sin fundamento— la falta de originalidad de su repertorio figurativo. Parece, en efecto, evidente que nunca se preocuparon de crear e innovar en el campo del arte. Esto se pone de manifiesto en el hecho de que nunca hayan tenido una escultura monumental digna de tal nombre.

Cuando sintieron la necesidad de poseer piezas de calidad, como los llamados sarcófagos sidonios, de los que Cádiz posee dos ejemplares (veáse HISTORIA 16 número 59), hubieron de recurrir a escultores griegos establecidos en Fenicia. Para sus necesidades en el campo de las artes menores, como era el de su orfebrería, se conformaron con imitar, e incluso copiar, lo que entre sus vecinos egipcios y asirios era más convencional y típico.

Y esto no sólo es aplicable a sus figuras humanas, con sus vestidos, peinados y demás, sino también a sus animales (caballos, leones, cabras, bueyes), monstruos (grifos, esfinges) y temas vegetales (palmetas, flores de loto y de papiro).

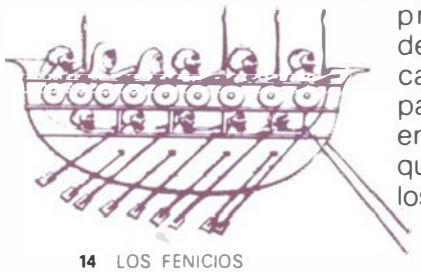
Dioses y símbolos divinos están moldeados también en prototipos extranjeros: el disco solar alado de Egipto, el peinado de la diosa Hathor, las pelucas y los tocados egipcios, la actitud y la indumentaria de los dioses asirios, son los patrones determinantes de la iconografía religiosa fenicia.

Ni siquiera en el campo de los amuletos se inventa nada: el halcón de Horus, la vaca de Hathor, la leona de Sokhit, el cordero de Knouphis, la gata de Bastis, la serpiente naja, mantienen inmutable su fidelidad a Egipto.

Esta fidelidad no deriva de una servidumbre, sino de un sentido de la oportunidad y de la conveniencia. Y prueba de ello es que en cuanto el arte griego despierta mayor admiración e interés que el de Egipto o el de Mesopotamia, los fenicios se olvidan de éstos y empiezan a imitar a aquél.

El Melkhart de las monedas de Cádiz, por poner un ejemplo muy próximo y muy conocido, es un Herakles griego enteramente puro.

Las manifestaciones más características de la artesanía fenicia consideradas hasta aquí —marfiles, joyas y recipientes de oro, playa y bronce— eran tan fácilmente transportables como los productos de su industria: los vidrios (moldeados primero, y soplados desde época helenística); los amuletos de pasta vítrea; los tejidos, en particular aquellos que más fama dieron a los fenicios, los teñidos con el jugo de aquel molusco —el *murex*— de un color de rosa a morado que los antiguos llamaban púrpura. Toda esta varia producción era fácilmente transportable y se hallaba al servicio del comercio.



Pero el papel civilizador de los fenicios no se redujo a abastecer de estos productos a buena parte del mundo de entonces, sino que con ellos difundió por el Mediterráneo la más fecunda y perdurable de sus aportaciones: el alfabeto.

De él se derivan el alfabeto griego y el latino, del que la cultura occidental sigue haciendo uso, y lo mismo el hebreo y el árabe. Ello significa que toda la periferia del Mediterráneo se mantiene fiel a la herencia cultural de los fenicios.

El problema de dónde y cuándo se inventó la maravilla de aquel alfabeto, de sólo veintidós letras, sigue siendo objeto de debate. Lo maravilloso de la invención radica en que era muchísimo más sencillo y fácil de aprender que cualquier otro de los sistemas de escritura empleados entonces.

Esa facilidad permitía que el arte de leer y escribir no fuese privilegio de un grupo o de una clase social, la de los escribas, sino que estuviese al alcance de cualquiera. Y, en efecto, los muchos grafitos que aparecen en los cacharros de la cerámica fenicia acreditan que si no todos, desde luego la mayoría de los fenicios sabían leer y escribir, y lo mismo sus vecinos los arameos y los hebreos.

Aunque no quepa afirmarlo con seguridad, quien cuenta con mayores títulos para ser considerada la patria del alfabeto es la ciudad de Biblos. Allí era rey aquel Ahiram que hacia el año 1000 a. C. hizo grabar en un sarcófago, que tenía unos doscientos años de antigüedad cuando él se lo apropió, la más antigua de las inscripciones conocidas hasta hoy.

Del prestigio de Biblos en el campo cultural dieron buena muestra los griegos al llamar *biblios* o *biblión* al libro, *Biblia* a los libros por antonomasia, los del Antiguo y Nuevo Testamento, y *bibliotecas* a las colecciones y depósitos de libros.

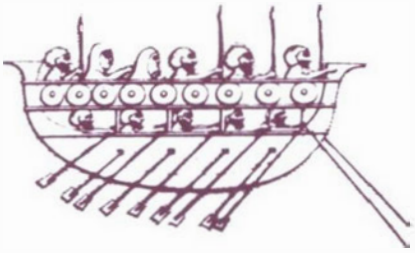
El alfabeto y el comercio dieron al Mediterráneo del primer milenio su primera unidad cultural. No borraron con ello, ni atenuaron siquiera, las diferencias y peculiaridades de sus pueblos; pero contribuyeron, sí, y muy poderosamente, a relacionarlos entre sí y a incorporarlos al mundo civilizado.

Las muchas colonias fenicias diseminadas por el litoral del Mare Nostrum sirvieron para la continuidad y estabilidad de aquellas relaciones, que, dadas las necesidades de puertos seguros y próximos entre sí de la navegación antigua, se hubieran frustrado sin contar con esas bases.

Los dos extremos del Mediterráneo quedaron así firmemente enlazados, pues el incentivo de las riquezas de la Península Ibérica, especialmente de sus riquezas metálicas, no dejó nunca de mantener vivo el interés de la metrópoli fenicia por sus lejanos emporios occidentales.

Dueños del Mediterráneo

Por Carlos González Wagner
Profesor de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid



CHIPRE, Creta y el Egeo, Malta, Pantelaria, Sicilia y las costas occidentales de Italia, Cerdeña y las Baleares. Estos eslabones geográficos, que desde tiempos remotos habían facilitado la comunicación marítima entre las dos cuencas del Mediterráneo —nexos de unión, por tanto, entre Oriente y Occidente—, fueron utilizados también por los marineros fenicios en su expansión colonial.

El litoral norteafricano, desde las costas de Marruecos y Argelia, pasando frente a las playas de Túnez en dirección a la Sirte, era el más cómodo camino de regreso, al facilitar la navegación la fuerte corriente marítima que, desde el estrecho de Gibraltar, bordea las costas africanas en dirección a Oriente.

Tal fue el extenso marco geográfico visitado por los fenicios en su aventura colonizadora, que perseguía fundamentalmente el acceso a las riquezas de Occidente: los metales de las minas de Tartessos, el estaño de las Casitérides y el marfil y el oro africanos.

La colonización convertiría durante algún tiempo al Mediterráneo en un mar fenicio. Y en este sentido, el Mediterráneo central jugaría un importantísimo papel histórico habida cuenta de su situación estratégica de cara a las comunicaciones entre las dos cuencas.

Es sumamente probable que los fenicios, que habían tenido conocimiento de estas rutas por sus antiguos contactos con los micénicos —quienes a su vez habían heredado la hegemonía de la vieja talasocracia minoica—, se aventuraran pronto en sus periplos marítimos, una vez que la estabilidad había regresado al Mediterráneo oriental tras la crisis provocada por las invasiones de los *pueblos del mar* y el hundimiento de la civilización micénica.

En cualquier caso, la evidencia que resulta de la documentación literaria y arqueológica señala una temprana presencia de los fenicios en estas aguas, anterior aún al inicio de las navegaciones coloniales de los griegos, con los que habrían de competir en un futuro por los mercados mediterráneos.

En esta línea, dejando al margen pasajes bíblicos de dudoso significado, algunos documentos literarios confirman la antigüedad de estas primeras navegaciones fenicias. Son el relato del viaje del egipcio Wenamon a Biblos, o los propios anales de Tiro, que mencionan la existencia de una colonia fenicia en Chipre en tiempos del reinado de Hiram, contemporáneo de Salomón, y la fundación de otra en el norte de África durante el reinado de Itobaal, en el siglo IX a.C.

El propio Herodoto (II, 44, 4) atribuye a los fenicios que partieron hacia Europa la construcción de un antiguo santuario a Hércules-Melkart, versión tiria del Baal fenicio, en la isla de Tasos, en el Egeo septentrional, frente a las costas de Tracia; y nos habla de su colonización por los fenicios (V, 47).

Ruinas de la ciudad fenicia de Motye, Sicilia, siglo VI a.C.

Por lo demás, el testimonio de Homero (*Il.*, XXIII, 743-745; *Od.*, XIV, 290-297; XV, 455), en cuyos poemas se evoca en varias ocasiones a los marineros y comerciantes fenicios que frecuentaban los puertos griegos, demuestra claramente que la expansión fenicia por el Mediterráneo no es en modo alguno posterior al siglo VIII a.C.

La expansión fenicia

Que los fenicios visitaron las tierras griegas desde antiguo se desprende de la propia adopción por parte de los griegos del alfabeto fenicio durante el siglo VIII a.C., lo que no es sino el resultado de un largo proceso anterior de relaciones económicas y culturales.

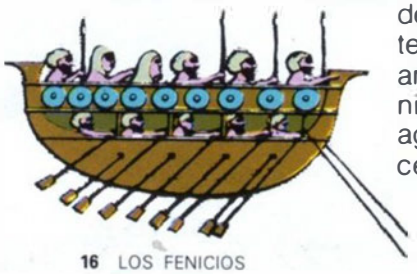
El proceso puede haber quedado reflejado en una serie de relatos de carácter mítico o legendario. Uno de ellos (Herodoto, II, 49, 3) hace alusión a la llegada al territorio de lo que luego sería Beocia de Cadmo, mítico rey de Tiro que andaba a la búsqueda de su hermana Europa, que había sido raptada por Zeus. Otro (Herodoto, II, 54-56) narra la fundación del más antiguo oráculo de Grecia, el de Zeus en Dodona, por una sacerdotisa egipcia del templo de Amón en Tebas, que fue raptada y llevada a la Hélade por unos fenicios.

Existen, en fin, antiguas tradiciones recordadas por los griegos que afirmaban la colonización de Rodas por los fenicios en tiempos de la guerra de Troya, así como de otras islas del Egeo: Kythera, Melos, Thera y de la propia Creta, donde habrían fundado la ciudad de Itanos.

En lo que a Sicilia se refiere, el testimonio de Tucídides (VI, 2, 6) es bastante elocuente: *Los fenicios se habían asentado a lo largo de toda Sicilia en promontorios costeros, que habían fortificado, y en los islotes cercanos por causa del comercio con los Sículos. Pero cuando los griegos comenzaron también a llegar en gran número, los fenicios abandonaron la mayoría de aquellos sitios y se instalaron a vivir juntos en Motya, Panormo y Solunto, cerca de los Elymeos, en parte porque buscaban su alianza, y en parte porque desde allí el viaje desde Sicilia a Cartago es más corto.*

Mucho más escueto es Diodoro (V, 12) cuando dice al hablar de Malta: *esta isla es una colonia fundada por los fenicios, quienes como extendían su mercado hacia el Océano occidental, encontraron en ella un abrigo seguro, ya que estaba dotada de buenos puertos y situada en el mar abierto.*

Estas son las principales noticias, extraídas de la documentación literaria, la presencia y la antigüedad de los colonizadores fenicios en aguas del Mediterráneo central.



A ellas podrían añadirse las relativas a la fundación de Utica, en el 1102 a.C. (Veleyo Paterculo, I, 23; Plinio, XVI, 216), y a la de Cartago, en el 814 a.C. (Timeo, en Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Ro.*, I, 74), ambas en el litoral tunecino.

Los materiales extraídos en los distintos yacimientos del Mediterráneo por los arqueólogos han confirmado en muchos aspectos toda esta información transmitida por los autores antiguos.

Así, en Chipre, primer paso en la aventura marítima de los fenicios, hay suficientes indicios de su presencia ya durante el segundo milenio. Pero los vestigios más antiguos que documentan la existencia de una ciudad, Kition, probablemente la colonia mencionada por los anales de Tiro durante el reinado de Hiram, no se remontan más allá del siglo IX a.C.

Más o menos por las mismas fechas tenemos constancia de una presencia fenicia en Rodas, y los contactos con el resto del mundo griego quedan demostrados por la propia existencia de un período orientalizante en Grecia, del cual fueron responsables como transmisores de las influencias culturales de Oriente junto con los griegos de Eubea.

Es muy probable que además de estas relaciones comerciales existieran artesanos fenicios trabajando entre los griegos en Rodas, Creta y Atenas.

En Sicilia, al margen de una estatuilla de bronce encontrada en el mar, frente a Selinunte, que representa un tipo de divinidad bien conocido en Fenicia, y que estilísticamente pertenece a las postrimerías del segundo milenio, los orígenes arqueológicos de Motya se remontan al siglo VIII a.C.

Un siglo anterior es la inscripción procedente de Nora, Cerdeña, isla donde los comienzos de un asentamiento fenicio en Sulcis (S. Antioco) se remontan, al menos, al siglo VIII a.C.

Igualmente está documentada la intensa actividad comercial fenicia con el mundo etrusco a partir del siglo VII a.C., y es probable incluso la existencia de un pequeño enclave fenicio en las proximidades del puerto de Caere.

De esta localidad procede una inscripción bilingüe, fechada a finales del siglo VI a.C., en la que un magistrado de la ciudad etrusca conmemora un ritual en honor de Astarté, cuyo templo se alzaba en este lugar.

En este caso, parece haber sido Cartago la principal destinataria de las exportaciones etruscas, así como el centro fenicio más activo en el comercio con las ciudades tirrenas. Por cierto, que en esta ciudad norteafricana los materiales más antiguos extraídos en las excavaciones se remontan a mediados del siglo VIII a.C.

Los orígenes de la aventura

Por último, las primeras huellas que indican la existencia de un establecimiento permanente en Utica señalan una fecha similar, a la que igual-

mente pueden adscribirse las tumbas más antiguas descubiertas en Malta.

Los descubrimientos arqueológicos confirman, en general, la antigüedad atribuida por las fuentes literarias para los comienzos de la colonización fenicia.

En cualquier caso, la existencia de algunos desfases cronológicos entre las dos clases de información puede ser satisfactoriamente explicada mediante ciertas consideraciones magistralmente resumidas en esta frase de Moscati: *Los comienzos de la documentación arqueológica no implican necesariamente los comienzos de la colonización fenicia, sino los comienzos de asentamientos estables y suficientemente desarrollados.*

Figurilla femenina procedente de Dormech, Cartago, siglos VIII-VII (Museo del Bardo, Túnez)

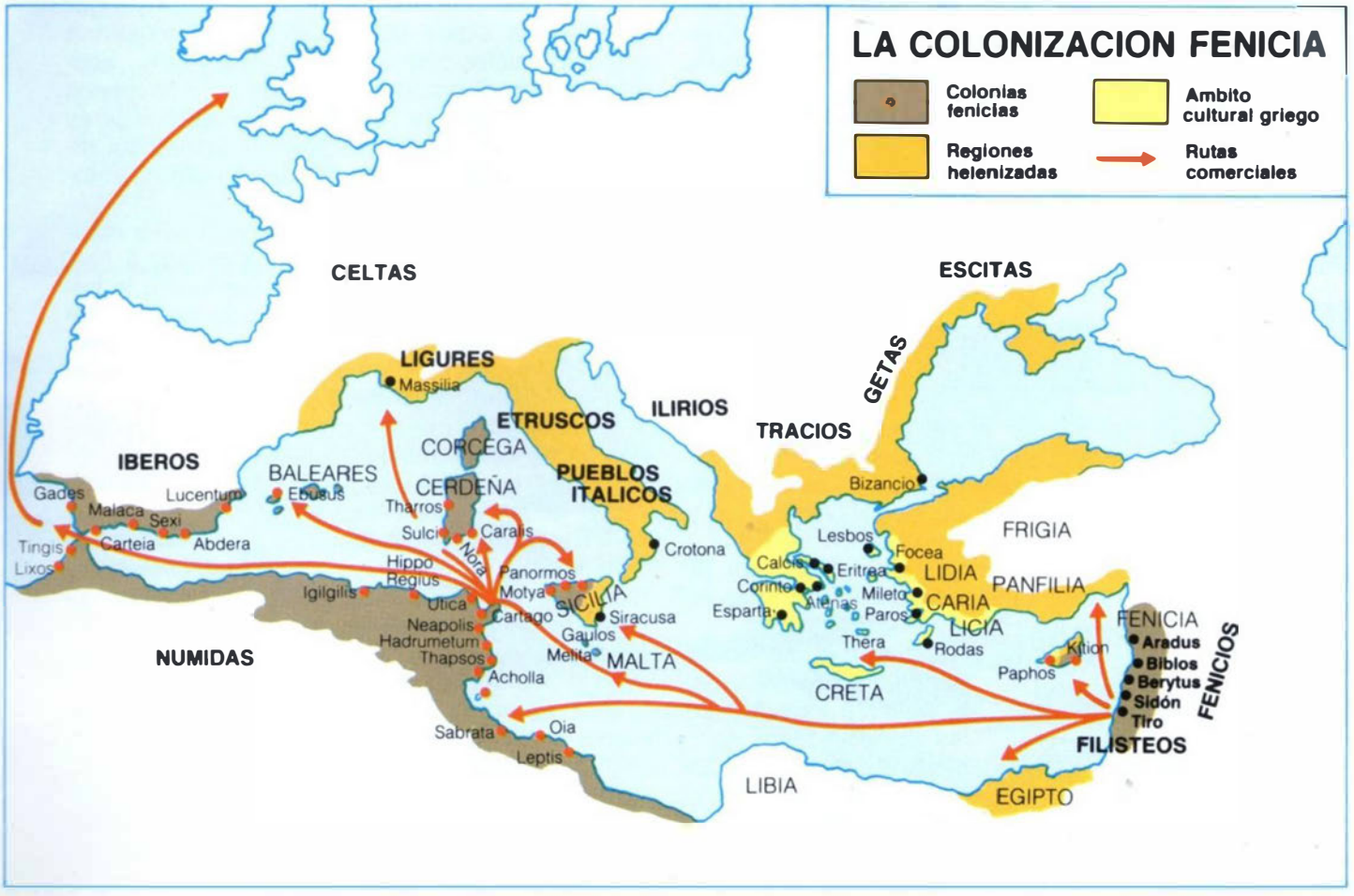
Figurilla de bronce llamada Sardus pater, *siglo IV a C., procedente de Genoni, Cerdeña (Museo Nacional, Cagliari)*

Otros autores prefieren hablar de una precolonización, pero en ambos casos se reconoce la existencia de una fase anterior a la fundación de establecimientos coloniales, fase que estaría caracterizada por los primeros viajes y contactos esporádicos, y a la que harían alusión los textos que más remontan en el tiempo los inicios de la colonización fenicia.

Sería el caso concreto de la fecha tradicional de la fundación de Utica, en la que hay que ver el recuerdo de las primeras navegaciones de los fenicios hacia Occidente.

Superada esta primera fase, de carácter fundamentalmente exploratorio, los primeros colonizadores que se asentaron en las nuevas tierras mediterráneas vivieron en un principio en condiciones simples,

Mapa de la colonización fenicia



en pequeños grupos, quizá instalados entre las comunidades indígenas, por lo que dejaron un rastro arqueológico escaso y difícilmente localizable.

Una situación semejante caracterizaría, por ejemplo, los primeros momentos de ocupación de Cartago, hasta que los trabajos necesarios dotaron al lugar de una estructura reconocible, lo que explica el margen existente entre las fechas propuestas por la información literaria y la arqueológica.

De cualquier forma, la existencia de una primera fase de contactos o precolonización, anterior a la fundación de establecimientos permanentes, está suficientemente probada mediante la huella arqueológica que resulta del impacto de las visitas fenicias en las comunidades autóctonas.

Así, en Sicilia, la cultura prehistórica de Cassibile presenta influencias y modificaciones de su *facies* arqueológica en torno al siglo x a.C., que denuncian la presencia de marineros y comerciantes fenicios.

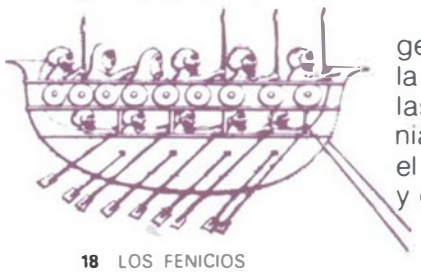
Lo mismo ocurre en Cerdeña, donde la civilización local protosarda presenta claras influencias procedentes de ambiente fenicio, como, por ejemplo, en una serie bien conocida de bronces, o en algunos aspectos de la eclosión urbana.

Por lo demás, los navegantes fenicios disponían desde comienzos del primer milenio de medios y conocimientos técnicos suficientes para garantizar el éxito de sus primeras aventuras marítimas: los barcos, construidos con las maderas procedentes de los bosques del Líbano, eran calafateados con betún para asegurar la impermeabilidad de las carenas, y su casco de cuadernas terminó por proporcionarles el diseño alargado que aumentaría su capacidad náutica.

Estos audaces marinos eran, según parece, fundamentalmente tirios, o al menos éstos ocuparon un papel destacado en la colonización, como se deduce de la inscripción de Nora, del mito de Cadmo, de los anales de Tiro, y del propio relato de la fundación de Cartago por Elisa, hija del rey Pigmalión de Tiro.

Chipre

Los lugares buscados por estos colonos para la ubicación de los nuevos asentamientos respondían a una serie de consideraciones que definían también la topografía de las viejas ciudades fenicias orientales: promontorios costeros o islotes adyacentes a la costa, a resguardo de los vientos y fácilmente defendibles de ataques procedentes del interior.



Estas características generales se repiten en la práctica totalidad de las fundaciones coloniales de los fenicios en el Mediterráneo central y occidental.

De todo el rosario de colonias fundadas por los fenicios a lo largo de su expansión mediterránea, Chipre habría de ser una de las primeras en jugar un importante papel histórico.

Las ventajas de su localización geográfica la convirtieron pronto en un lugar de refugio frente a la expansión de los grandes imperios circundantes, como aquel de los asirios, favoreciendo su autonomía.

Los reyes de Kition, la más importante ciudad fenicia de la isla, aunque en algún caso se declararan vasallos de los soberanos de Asiria, no fueron casi nunca dominados de una manera efectiva por éstos, al igual que los otros príncipes locales de las otras ciudades fenicias de la isla: Idalión, Tamassos, Golgoi, Marion y Lapethos.

Al mismo tiempo, la propia situación geográfica de Chipre había favorecido el encuentro en la isla de mundos culturales distintos, procedentes unos del Egeo, de la región de la Siria-Palestina, y del vecino Oriente otros, que se superponen sobre un estrato cultural autóctono.

La conjunción de todas estas circunstancias tuvo una clara proyección en el Mediterráneo central y occidental; así observamos la importancia del elemento chipriota en la colonización fenicia, documentada por el relato de la fundación de Cartago y no pocos rasgos culturales de Chipre en el mundo colonial fenicio del Mediterráneo.

Esta influencia cultural chipriota, que se advierte en distintos campos, no es sólo propia de los primeros momentos de la colonización fenicia, sino que perdura con toda su fuerza y vigor durante los siglos siguientes. Ello demostraría que los fenicios-chipriotas participaron muy activamente en el proceso colonizador, o al menos que Chipre era uno de los principales lugares de producción de los objetos orientalizantes diseminados por los comerciantes fenicios por todas las riberas del Mediterráneo.

De cualquier forma, es muy significativo comprobar que a menudo Chipre es asociada a Tiro, a la que los antiguos consideraban como la impulsora principal de la colonización fenicia. Así ocurre, por ejemplo, en algunas inscripciones procedentes de la isla, donde se alude a funcionarios dependientes del rey de Tiro, o en los propios anales de la vieja ciudad fenicia que hablan de la existencia de una colonia en tiempos de Hiram, probablemente Kition, la *Qarti-Hadashti* de las inscripciones asirias.

El destacado papel de Chipre en la colonización fenicia se comprende mejor si consideramos que la isla era el principal mercado de carácter internacional de la cuenca oriental del Mediterráneo que recibía los productos del comercio occidental fenicio.

Esta situación duraría bastante. La conquista persa de Chipre en el 449 a.C. no alteró estas circunstancias, ya que los soberanos del Imperio favorecieron a las ciudades fenicias de la isla. En ellas florecieron dinastías relativamente inde-

pendientes, a las que utilizaron como elementos políticos que oponer a los griegos.

Esta autonomía continuó tras la conquista de la isla por los Ptolomeos, y las inscripciones procedentes de Kitión y Lapethos muestran la vitalidad de la cultura y lengua fenicias en un momento ya tardío.

Desgraciadamente, la cultura fenicio-chipriota, de tanta repercusión en el ámbito colonial mediterráneo, es solamente conocida a través de un exiguo repertorio de manifestaciones artísticas.

Interesa destacar que se trata de un arte híbrido, en el que se mezclan sobre un fondo micénico antiguo las influencias procedentes del Levante y otras propias del mundo griego a partir del siglo VIII a.C.

Aun así, este arte chipriota no carece de originalidad, como se aprecia en algunas estatuillas masculinas, algunas cabezas de terracota de rasgos apresurados y apenas esbozados y en el acabado y forma de la mayor parte de la cerámica, que influye en la producción similar de las restantes colonias fenicias en el Mediterráneo.

Entre Oriente y Occidente

En Sicilia, la trayectoria histórica de las colonias fenicias fue realmente notable: esta isla representó para el Mediterráneo central el papel de gran mercado internacional que jugaba Chipre en la cuenca oriental.

No en vano se ha considerado que las primeras monedas de algunas ciudades griegas de Sicilia, como Himera, estaban acuñadas con plata procedente de Tartessos. Por ello no debe ser motivo de asombro advertir múltiples influen-

Estela funeraria con el signo de Tanit, siglo IV a C. (Museo del Bardo, Túnez)

Vista parcial de la necrópolis de Paphos, Chipre

Ruinas del santuario fenicio de Tas Silg Malta

cias culturales de la Sicilia fenicia en otros asentamientos coloniales, sobre todo en Occidente.

Las relaciones entre las comunidades fenicia y griega de la isla parecen haber sido cordiales y fructíferas desde los primeros momentos. Los descubrimientos arqueológicos permiten afirmar la existencia de grupos de fenicios en una ciudad griega como Selinunte, y de griegos en las colonias fenicias de Motya, Panormo y Solunto ya durante el siglo VII a.C. Igualmente, Zenobio (I, 54) menciona las relaciones comerciales establecidas en Gela, en similar fecha, entre colonos griegos y fenicios.

A partir del siglo V a.C., las colonias fenicias de Sicilia entran directamente en la órbita de influencia de Cartago, convertida ya en una potencia mediterránea, y en ella permanecen, unas hasta su destrucción, como Motya, saqueada por Dionisio, tirano de Siracusa, en el 398 a.C., otras hasta los inicios de la dominación romana en la isla, en tiempos de la Primera Guerra Púnica.

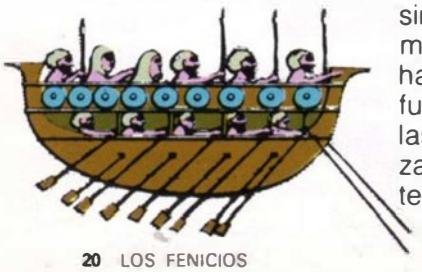
Las consecuencias económicas, culturales y políticas de este hecho tienen gran relevancia histórica. Bajo el impulso y la protección de Cartago, las colonias fenicias de Sicilia se oponen con éxito al aventurerismo expansionista de Siracusa, encarnado por Dionisio y Agatocles, adquieren un desarrollo económico importante y se convierten en los principales centros de irradiación de las influencias culturales griegas hacia la propia Cartago y los territorios vecinos del norte de Africa.

En Cerdeña, tan importante de cara al comercio marítimo con Occidente y el Tirreno como rica en minas de cobre, las colonias fenicias de Nora, Tharros, Sulcis y Caralis quedaron igualmente situadas bajo la hegemonía cartaginesa durante el siglo VI a.C.

A diferencia de Sicilia, el dominio cartaginés sobre Cerdeña fue mucho más exclusivo; en parte, por la especial situación de la isla en relación con los mercados etruscos; en parte, por su importancia en el abastecimiento agrícola de Cartago, de la que Cerdeña era granero de emergencia. Pero, sobre todo, por el casi permanente clima de inestabilidad provocado por las belicosas poblaciones del interior, que podía poner en peligro la presencia fenicia en la isla.

Este último factor explica imponentes fortalezas, como la de Monte Sirai, que protegían los emplazamientos costeros de los ataques procedentes de tierra adentro, al tiempo que garantizaban el acceso a los recursos, agrícolas y mineros, de la zona.

Pero la verdadera significación histórica de la Cerdeña fenicia radica en el hecho de que es sin duda la región del mapa colonial donde han quedado más profundamente marcadas las huellas de la civilización fenicia sin las interferencias del mundo griego, bien presentes por el contrario en Chipre, Sicilia y Cartago.



La civilización que se desarrolló en las colonias fenicias del Mediterráneo central conserva los caracteres esenciales de su procedencia.

Una civilización fecunda

A esta vieja raíz oriental, marcadamente ecléctica, se incorporaron elementos culturales de diverso origen. Unos, del mundo griego, y otros, de Etruria y de las diversas culturas autóctonas con las que los fenicios se relacionaron, como el libio o norteafricano y el sardo.

Este proceso de asimilación de influencias culturales diversas se concretó en un ambiente fenicio colonial marcadamente distinto al de la Fenicia oriental, aunque conserve el fondo de las viejas tradiciones.

Quizá donde se aprecie mejor todo ello sea en el campo de las creaciones plásticas. Insignificantes si se juzgan desde la perspectiva clasicista de los cánones grecorromanos, las realizaciones artísticas de estos fenicios conservan la ingenua frescura de una concepción vitalista y existencial del arte, propia de las culturas orientales, en las que el arte por el arte y la pura inquietud estética apenas significan nada, y las manifestaciones artísticas raramente se disocian de las propias de la existencia cotidiana.

Desde esta otra óptica, este arte fenicio no se nos aparecerá ya como tosco, inferior o primitivo en relación a los modelos clásicos a los que estamos acostumbrados, sino sencillamente distinto.

Al igual que sus ancestros orientales, y contrariamente a sus contemporáneos griegos, estos fenicios coloniales no desarrollaron una gran estatuaria. Abunda, sin embargo, la producción de prótomos (cabeza y busto de hombre o animal), terracotas, máscaras y bronces, así como de sarcófagos y estelas funerarias y votivas.

En todo este repertorio, la vieja estética e iconografía egiptizante va siendo paulatinamente sustituida por un gusto por las formas menos herdticas, por un tratamiento más suave y más vivo, propio del arte helénico.

Esta influencia griega, visible tanto en los motivos como en su ejecución, resalta particularmente en las máscaras, prótomos y terracotas, muchas de ellas representaciones de divinidades femeninas, que terminan adquiriendo un aspecto puramente griego.

Esta iconografía femenina, esencialmente griega, trasciende el campo de estas realizaciones y alcanza a las acuñaciones monetarias, como en Sicilia, donde la representación de Tanit-Astarté deriva directamente de la Perséfone de las monedas de Siracusa.

Las influencias griegas se extienden también a los sarcófagos antropoides, como se observa en los ejemplares procedentes de Cannita, la antigua Solunto, en los que las figuras siguen

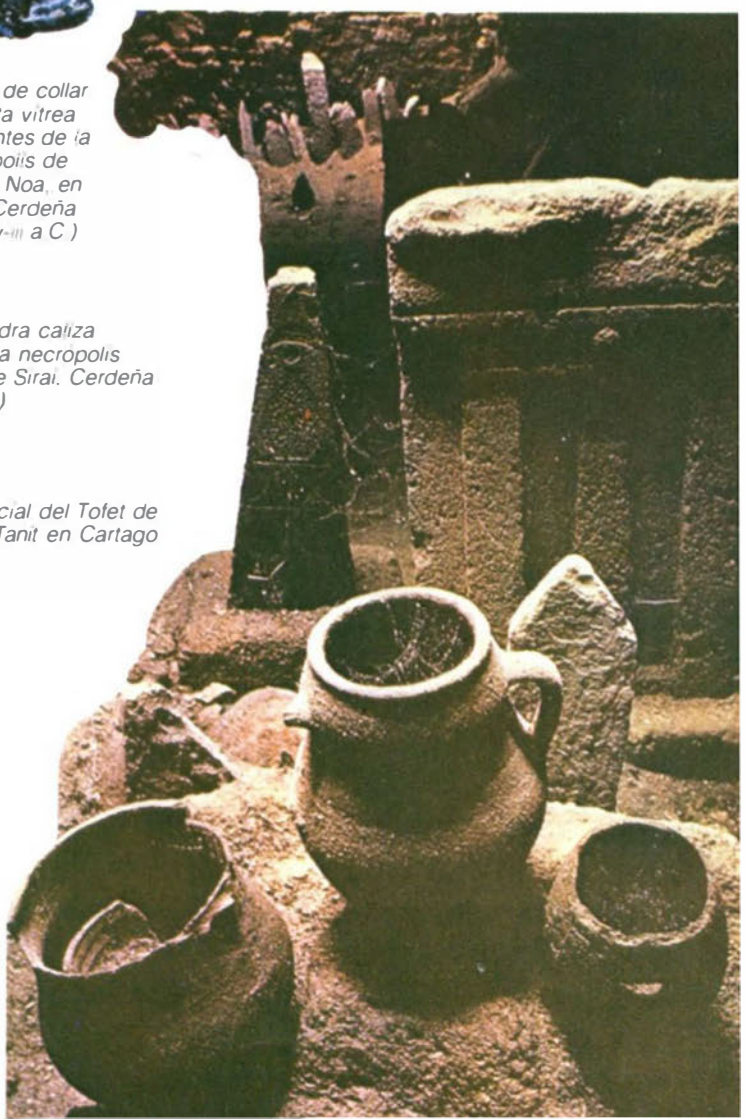
una clara tendencia helenizante. Lo mismo ocurre con las estelas funerarias y votivas, en las que una iconografía típicamente egiptizante, característica del período arcaico, es reemplazada progresivamente por modelos y motivos de inspiración griega.

Así se introduce un repertorio nuevo compuesto por guirnaldas, delfines, perlas, trofeos y caduceos, que conviven con otros de pura raigambre fenicia, como el creciente lunar o el signo de Tanit. El resultado es la aparición de unas composiciones híbridas que marcan el encuentro final entre los motivos de inspiración fenicia y griega.

Aun así, no toda esta producción revela la penetración de las influencias helénicas. Obras específicamente fenicias son la estatua acéfala de sacerdote procedente de Motya, que denota influjo chipriota; el grupo escultórico animalístico de la misma localidad, que reproduce la lucha de dos leones y un toro; la imagen divina de Monte Sirai, en la que el cuerpo apenas esbozado contrasta con el tratamiento volumétrico de la cabeza.

Cuentas de collar en pasta vítrea procedentes de la necrópolis de Fontana Noa, en Olbia, Cerdeña (siglos IV-III a C.)

Estatuilla en piedra caliza procedente de la necrópolis fenicia de Monte Sirai. Cerdeña (siglos VII-VI a C.)



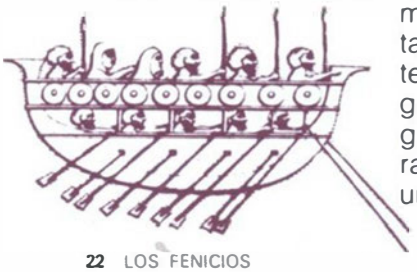
Aspecto parcial del Tofet de Tanit en Cartago

En la misma línea, la mayoría de las figurillas de terracota sardas, que en ocasiones acusan influencias tipológicas de procedencia chipriota: las estatuillas votivas procedentes del templo de Bes en Bythia, Cerdeña; las máscaras de Motya y Caralis, de fuerte influencia cartaginesa, y una serie de estatuillas procedentes de Malta, por no citar más que algunos ejemplos representativos.

Manifestaciones también del arte más puramente fenicio son los marfiles. Su producción en el mundo colonial fenicio es fundamentalmente occidental, pero aparecen ejemplares además en Cartago, Praenestre (Italia) e incluso en un lugar tan alejado como Samos. La estética de todas estas piezas es puramente orientalizante.

Otros elementos típicos de esta producción artística son los denominados rasuradores, en los que predomina un gusto iconográfico egiptizante; los huevos de avestruz, decorados con motivos geométricos o esquematizantes, y diversas piezas de joyería y orfebrería, artes en las que los fenicios fueron auténticos maestros gracias a su singular dominio de las técnicas del repujado y del granulado que, al parecer, transmitieron a los etruscos.

Por lo que se refiere a las influencias procedentes de las culturas autóctonas, éstas son más difíciles de detectar, aunque se advierten, por ejemplo, en algunas máscaras cartaginesas con evidentes rasgos negroides, o en una estatuilla de bronce procedente de Monte Sirai, que representa a un personaje sentado tañendo una lira.



En lo que a la arquitectura y el urbanismo se refiere, los colonos fenicios del Mediterráneo central vivían en ciudades que conservaron los rasgos fundamentales de la vieja topografía urbana característica de la Fenicia oriental.

Arquitectura

En Sicilia, Motya es un buen ejemplo: la ciudad se alzaba sobre un islote cercano a la costa, bien protegido de los vientos, y rodeada en todo su perímetro por una muralla reforzada a intervalos por torreones. Contaba además con otras construcciones típicamente fenicias: un pequeño *cothon* (puerto artificial comunicado con el mar por medio de un canal) y edificios de varias plantas con cubierta plana en el más puro estilo oriental.

Las ciudades fenicias de Cerdeña seguían modelos semejantes, y se encontraban situadas bien en promontorios costeros, o en islotes cercanos a la costa. Usualmente tenían un doble puerto a cada lado del promontorio, para estar siempre a resguardo de la dirección en la que soplaran los vientos, como ocurre en Nora, Tharros y Sulcis.

En Nora, junto a la plaza del mercado, situada cerca del puerto, ha aparecido un barrio de casas dispuestas en torno a pequeñas plazuelas rectangulares, y en las que las habitaciones se organizan en torno a un patio interior.

Estas viviendas contaban con sistemas de abastecimiento de agua mediante cisternas o conducciones compuestas por tubos de terracota embutidos en los muros, como en algunas casas de Tharros.

Las ciudades se encontraban fortificadas por un sistema doble de murallas; la primera línea defensiva englobaba todo el perímetro urbano, y la segunda defendía la acrópolis o ciudadela.

Particularmente interesante es la ciudadela de Monte Sirai, donde la muralla ha sido construida con una técnica megalítica que refleja influencias de las poblaciones sardas, y el acceso se realiza por una estrecha puerta flanqueada por dos torres trapezoidales.

Las influencias griegas también penetraron en esta arquitectura y urbanismo fenicios, como se observa en los capiteles dóricos de Motya, en los pavimentos de tipo helénico de algunos edificios fenicios y en la urbanística puramente griega de Solunto.

Mucho más conservadora es la arquitectura religiosa fenicia en el Mediterráneo central, que proporciona claros ejemplos de identidad con respecto a las antiguas tradiciones orientales.

Los arquetipos de los viejos templos fenicios de Oriente aparecen bien representados en este mundo colonial. Es el caso de un modelo típico de santuario fenicio: los denominados *lugares altos*, tan mencionados en el Antiguo Testamen-

to, y que básicamente eran un área sagrada consistente en un recinto abierto al aire libre con el objeto de culto, que simboliza a la divinidad —betilo o altar— en el centro.

Santuarios semejantes aparecen en Nora y San Antioco, la antigua Sulcis. También en Cerdeña, el templo de Bes en Bythia es un nuevo exponente de otro modelo tradicional de templo fenicio: el de planta tripartita con sucesión de cámaras.

Además de estas edificaciones sagradas, también había capillas o edículos más pequeños, como el de Nora, de gran importancia, pues reproduce un viejo prototipo oriental de Amrit. Otro tipo de pequeño santuario de planta rectangular, distribución interna irregular con una cámara sacrificial, y al que se accede por una escalinata, aparece en Tharros y Monte Sirai, y denota influencias chipriotas.

Un santuario mucho más monumental y complejo es el dedicado a Astarté-Tanit en Tas-Silg, Malta: un conjunto de edificios componía una verdadera acrópolis rodeada por un grueso muro formado por paralelepípedos de caliza, a la que se accedía por una rampa pavimentada excavada en el terreno.

Junto a templos y santuarios, otro tipo de construcciones semejantes nos ilustran sobre la religión de estos fenicios en sus colonias, a falta de información literaria suficiente. Se trata de los célebres *tofets*, recintos cercados y al descubierto en los que se depositaban las ofrendas a Tanit y Baal-Hammon, sacrificios infantiles en línea con la vieja tradición cananea, que fueron progresivamente sustituidos por ofrendas rituales de pequeños animales. Santuarios similares aparecen en Cartago, Sicilia y Cerdeña.

Figurilla campaniforme púnica procedente de Bithia, Cerdeña (siglos III-II a C.)

Sarcófago antropoide procedente de Sidón (Museo Nacional de Beirut).

Sacerdote con un niño en brazos (estela del Tofet de Tanit en Cartago, siglo IV a. C., Museo del Bardo, Tunez)

Divinidad en su trono entre esfinges, procedente de Pizzo Canita, Sicilia (siglo VI a C.)

Valle del río Algarrobo (Málaga). A la izquierda del río, la necrópolis de Trayamar, a la derecha, el poblado del Morro de Mezquitilla.

Los fenicios en Iberia

Por Hermanfrid Schubart
Director del Instituto Alemán de Arqueología de Madrid

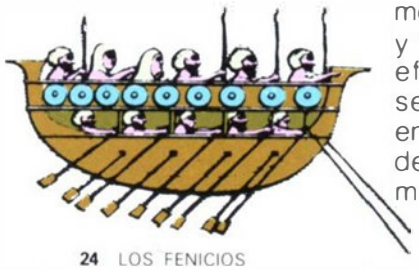
LOS datos transmitidos por las fuentes históricas griegas y romanas con respecto a la fundación de las más importantes colonias fenicias en el Mediterráneo occidental —sobre todo, de Gadir, la actual Cádiz— han sido motivo de largas discusiones en la literatura científica.

El hecho de que estas discusiones se mantengan desde hace un siglo largo, demuestra que las fuentes escritas dejan cuestiones sin resolver. Por ello se recurre a las fuentes arqueológicas, que en este caso revisten especial importancia.

Hasta hace dos decenios, las costas de la Península Ibérica daban muy escasos testimonios arqueológicos de las fundaciones fenicias.

A excepción de Villaricos, en el este, y Cádiz, en el oeste de la costa meridional (donde se documentó la presencia púnica por hallazgos de los siglos VI al III), fundaciones coloniales fenicias como Malakka, Sexi y Abdera, citadas por fuentes históricas, no se documentaban arqueológicamente.

Sin embargo, diferentes piezas importadas, halladas en la costa y en el *hinterland*, parecían probar la existencia de estrechas relaciones comerciales entre fenicios y tartessios e iberos. La efigie de una diosa sentada, descubierta en Galera, o la Astarté de El Carambolo eran muestras significativas de esos lazos. Ante la falta de fuentes arqueológicas se fijó el comienzo de la colonización fenicia en la Península Ibérica, y sobre todo en la costa meridional de España, en una época bastante tardía, a saber: en el siglo VI a.C.



De forma análoga se rebajaron las fechas relativas a la cultura ibérica y otras culturas de la Edad de Hierro, con lo que se dificultaba la comprensión de las relaciones históricas.

En los últimos veinte años, numerosos descubrimientos y excavaciones corrigieron esta creencia.

Cádiz

Hasta ahora se desconoce la existencia al occidente de Cádiz de asentamientos fenicios. Los correspondientes a la Primera Edad del Hierro, situados en el curso bajo del Guadalquivir (entre ellos El Carambolo, Sevilla) y en las desembocaduras de los ríos Tinto y Odiel (entre ellos, El Cabezo de San Pedro, en Huelva) mezclan formas fenicias con imitaciones y mucha cerámica indígena fabricada a mano.

Las excavaciones de Alcácer do Sal, en la desembocadura del Sado, han exhumado en el estrato III cerámica fenicia e imitaciones de la misma, que claramente pertenecen al siglo VII a.C.; entre ellas, platos y cuencos carenados de

la cerámica de engobe rojo (*), cerámica policroma, y otras formas con asa bífida de sección circular, cerámica gris y ánforas con el desarrollo del borde típicamente fenicio.

Estos descubrimientos de Alcácer do Sal suponen sólo un pequeño porcentaje del total, y antes que confirmar la existencia de un asentamiento fenicio en la desembocadura del Sado, aluden a su influencia a través de relaciones comerciales.

Si por consiguiente, hasta hoy, no hay testigos al occidente de Cádiz de asentamientos fenicios, para las fuentes escritas es Cádiz el más antiguo de ellos en la Península Ibérica, aunque sólo existen hallazgos esporádicos en las necrópolis excavadas hace tiempo.

Como piezas más antiguas figuran algunas de oro, de los siglos VIII y VII, aunque su pertenencia a complejos funerarios cerrados no está acreditada. A ellas se asocia un oinochoe (**) protoático de comienzos del siglo VII a.C.; se ponen en duda las condiciones en que se halló, aunque parece proceder realmente de Cádiz.

El resto del material hallado, sobre todo cerámica, puede adscribirse al siglo VI y siglos más recientes.

Ajuares de los siglos VIII-VII o más antiguos se ignoran. La situación de la colonia de Cádiz, a pesar de los intentos de darla como destruida por el mar, hay que buscarla bajo la actual ciudad, donde la excavación, por cierto, tropieza con muchas dificultades, aunque no es del todo imposible practicarla en los lugares ligeramente elevados de alrededor de la catedral.

(*) *Engobe*: enlucido visible o encubierto por otra pintura en un vaso cerámico.

(**) *Oinochoe*: jarro de un asa y boca trilobulada, usado normalmente para vino.

Jarros y lucernas de la necrópolis púnica de Jardín, Torre del Mar (Málaga), siglos VII-V a.C.

Oinochoes de boca trilobulada y oinochoe de boca de seta con engobe rojo procedente de Trayamar, Algarrobo (Málaga)

Ninguna otra estación fenicia existe antes de la bahía de Algeciras. Ahí nos topamos con un asentamiento, seguramente fenicio, en el Cerro del Prado.

La colina que se levanta pocos metros por encima de la superficie del río no estaba intacta cuando se hicieron las prospecciones del poblado fenicio y en época posterior quedó prácticamente destruida.

El asentamiento parece haber ocurrido en los últimos tiempos del siglo VII a.C. y continuado durante los siglos VI y V a.C.

El lugar denominado Gorham's Cave, situado no muy lejos del Guadarranque, en el lado oriental del Peñón de Gibraltar, emplazado a sólo unos metros sobre la superficie del agua y cuya entrada mira hacia el Mediterráneo, exhibió hallazgos fenicio-púnicos.

Fragmentos de cerámica fenicia: platos de los siglos VI-V a.C., fíbulas de doble resorte, amuletos y escarabeos (engarce en forma de escarabajo) aparecieron allí, acaso como indicio de ceremonias relacionadas con votos de buenos deseos para viajes por el Atlántico o en agradecimiento a un feliz regreso.

Málaga

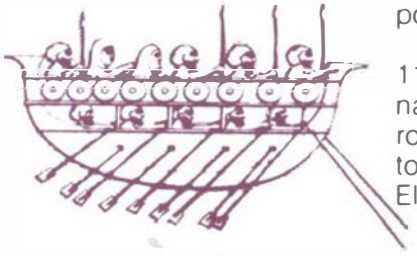
Entre Torremolinos y Málaga desemboca el río Guadalhorce en el Mediterráneo, y, en el Villar, en la última colina que se encuentra en la orilla derecha, delante de la zona llana desecada, en las cercanías de la desembocadura, se halló otro enclave fenicio. Destruido en parte por las construcciones modernas, pudo ser investigado por Antonio Arribas.

Su comienzo se sitúa en el siglo VII a.C. (Guadalhorce I). La fase Guadalhorce II comprende los hallazgos del horizonte tardío de los siglos VI y V, que sufren una evidente transformación bajo influencia púnica y en parte indígena.

En Málaga —la Malakka de las fuentes escritas— no se han encontrado todavía huellas de los siglos VIII-VII a.C. Las últimas excavaciones de B. S. J. Isserlin en el casco antiguo de la ciudad alumbraron hallazgos fenicio-púnicos, pero faltan piezas anteriores al siglo VI a.C.

Al este de Málaga, en la orilla occidental del río Vélez, y en una colina que se eleva 12 metros por encima del cauce del río, subsiste el asentamiento fenicio de Toscanos.

Estuvo protegido por una fosa de sección triangular, que seguramente perteneció a una fortificación. En el interior se encontraron construcciones de adobe con zócalo de piedra, que deben considerarse viviendas por su tamaño y por sus hogares.



Un edificio de 11 × 15 metros, de tres naves, alzado con muros de piedra más altos, pudo ser almacén. El hecho comprobado de que una de las naves tuviese probablemente dos pisos y una escalera exterior relaciona esta construcción de Toscanos con otra en Hazor (Palestina).

Fragmentos de kotyles protocorintias y de ánforas áticas SOS (*) cifran la cronología de la construcción del almacén en el paso del siglo VIII al VII. Los estratos más antiguos atravesados por la fosa de construcción del almacén pertenecen, con su material fenicio, a la segunda mitad del siglo VIII y permiten suponer la fundación del asentamiento hacia el 750 a.C.

Necrópolis

Frente al poblado de Toscanos se descubrieron, en la orilla oriental del río Vélez, en el Cerro del Mar, restos de una necrópolis de los siglos VII-VI a.C. perteneciente quizá a la colonia de Toscanos.

A las urnas de alabastro y los oinochoes de cerámica roja, que se conocían desde el siglo XVIII, hay que añadir hallazgos fortuitos recientes que invitan a una excavación sistemática.

En la orilla occidental del río Vélez, un poco al norte de Toscanos, en la finca llamada Jardín, queda otra necrópolis que por el momento ofrece 101 sepulturas, excavadas, la mayoría, en la roca, parte con un revestimiento de barro, e incluso, cistas de grandes sillares calcáreos, bien ensamblados, y sarcófagos de piedra caliza.

La necrópolis data de los siglos VI-IV a.C. Pudo corresponder en sus comienzos a Toscanos y más tarde a otro poblado, quizá del Cerro del Mar.

A tan sólo siete kilómetros al este del río Vélez desemboca el río Algarrobo en el Mediterráneo. Sobre la colina del Morro de Mezquitilla, última elevación sobre la llanura de la costa, hay otro asentamiento fenicio con casas de adobe del siglo VIII.

Este poblado fenicio del Morro de Mezquitilla existía ya en el siglo VII a.C., al mismo tiempo que se construían en la orilla occidental del Algarrobo los hipogeos de Trayamar.

Las cámaras excavadas en la roca, con un corredor en rampa, revelan una forma de arquitectura de origen oriental. Los hallazgos de ánforas, jarras y lucernas, así como el ajuar de oro, reafirman completamente el carácter fenicio de las tumbas. La época de utilización parece situarse a mediados del siglo VII y mantenerse hasta más o menos el 600 a.C.

Granada y Almería

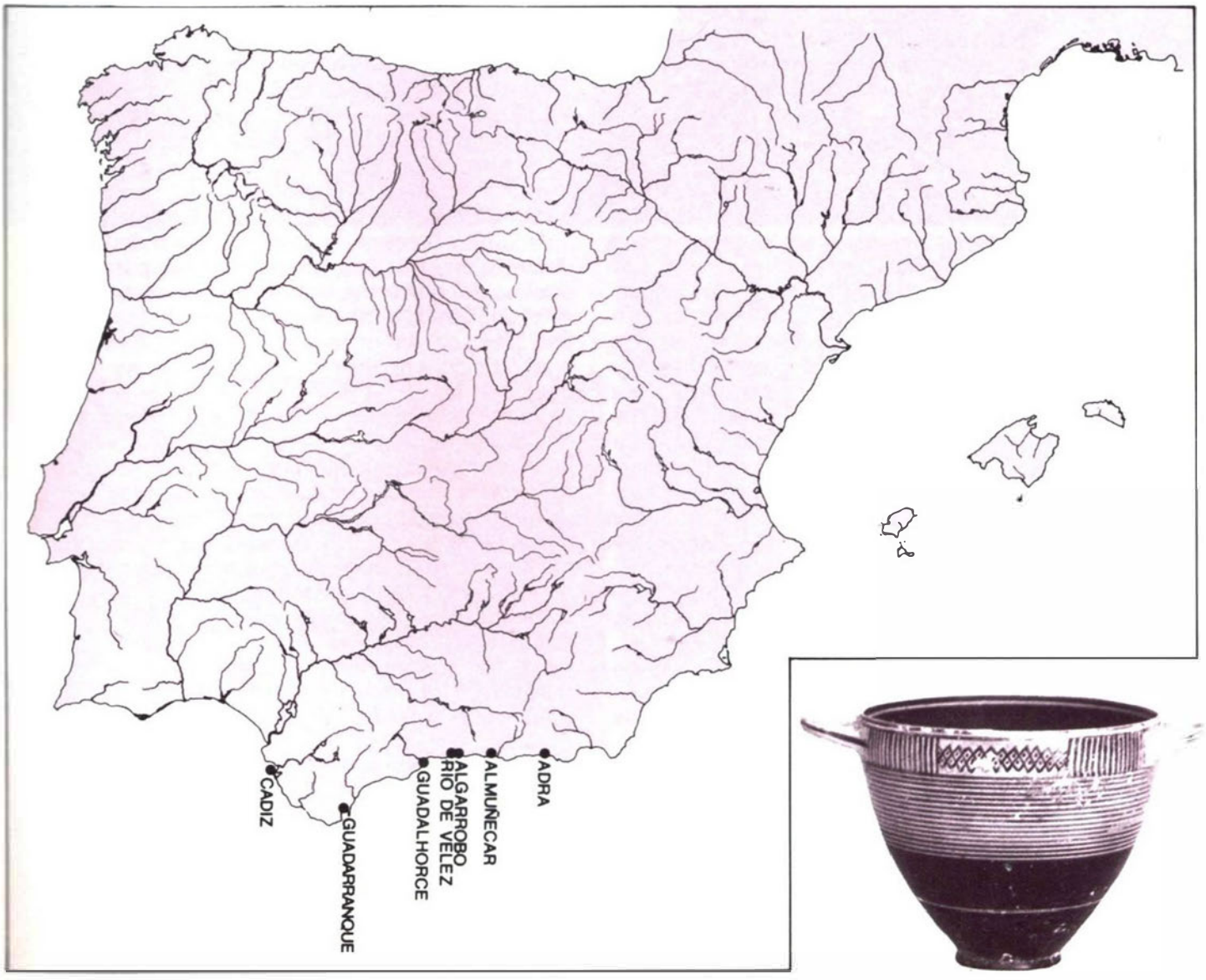
En relación con la desembocadura del Algarrobo debió existir otro asentamiento: se halla-

(*) *Kotyle*: taza con dos asas horizontales. *Anfora SOS*: ánfora de época arcaica con un motivo decorativo que recuerda las letras SOS.

Construcciones fenicias de los siglos VIII-VII a C en Toscanos, Torre del Mar (Malaga)

Vaso protocorintio de la necropolis fenicia del Cerro de San Cristobal, Almuñecar (Granada), siglo VII a C

Mapa de los asentamientos fenicios de los siglos VIII-VII a C en la Peninsula Iberica



ría un poco al oriente del Morro de Mezquitilla, sobre un promontorio rocoso costero.

Este asentamiento fenicio occidental de Chorreras tendría, de todos modos, una vida más corta, según indican los hallazgos de finales del siglo VIII y del siglo VII.

Todavía más al este, ahora ya en la costa sur de la provincia de Granada, se descubrió en 1963 una necrópolis de tumbas de pozo en una colina situada al oeste de Almuñécar, investigada en gran parte.

En los pozos, de hasta cuatro metros de profundidad, iguales a los que se encuentran en el país de origen fenicio, estaban urnas y ajuares depositados en el fondo o en nichos laterales. Para conservar las cenizas de los cadáveres se habrían utilizado urnas de alabastro, algunas con cartelas de faraones del siglo IX a.C.

Los ajuares, sobre todo consistentes en cerámica roja —jarras, platos y lucernas— y anillos de plata engarzados con escarabeos basculantes, son característicos de los ajuares sepulcrales del siglo VII a.C.

El poblado correspondiente a esta necrópolis tuvo que estar situado en la misma Almuñécar, donde se han efectuado hallazgos aislados.

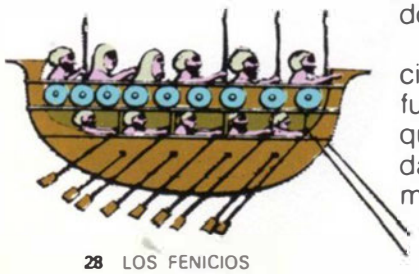
Ochenta kilómetros más al este, ya en la provincia de Almería, queda Adra, la Abdera de las fuentes. En la colina del poblado, situado en la orilla occidental del curso viejo del río Adra, directamente por encima del terreno de aluvión de la costa, se han realizado excavaciones, cuyo material no nos lleva más allá de los últimos momentos del siglo V.

Por otro lado, se han observado en la pendiente oriental de la colina estratos cortados por los bancales actuales, que contienen fragmentos de cronología anterior: platos y cerámica polícroma sitúan el comienzo del poblado en el siglo VII a.C.

En la costa mediterránea de la Península Ibérica, más al este, en el borde norte de la provincia de Almería y en la desembocadura del río Almanzora se encuentra Villaricos, donde en el siglo pasado había investigado Siret un asentamiento púnico y la gran necrópolis correspondiente.

La conocida necrópolis parece haberse establecido a principios del siglo VI a.C. Sus ricas sepulturas, entre ellas hipogeos y tumbas de pozo, contienen, además de numerosos recipientes cerámicos y ajuares de metal, una cantidad grande de huevos de avestruz del siglo VI y siguientes.

Este lugar se destaca claramente por ello como púnico (¿cartaginés?) y se diferencia de los asentamientos fenicios occidentales mencionados anteriormente.



Lógicamente prescindimos aquí de Ibiza, fundación cartaginesa, que hasta ahora, de todas formas, sólo ha suministrado hallazgos materiales del siglo VI, en contra de la fecha de fundación transmitida.

Deben mencionarse aquí los yacimientos de la costa levantina que han suministrado materiales fenicios y cuya importancia para la extensión de las relaciones comerciales fenicio-púnicas no es de menospreciar, aunque no se trata de lugares propiamente fenicios o púnicos.

Costa levantina

En los últimos años se ha excavado en poblados de esta zona: Saladares, cerca de Orihuela, provincia de Alicante; Crevillente, también en la provincia de Alicante, y Vinarragrell, cerca de Burriana, en la provincia de Castellón.

En los estratos más antiguos, puramente prehistóricos, del Bronce Final, de los tres lugares, faltan por completo importaciones fenicias; éstas sólo se presentan en los estratos más recientes, con formas de la cerámica roja, polícroma y ánforas sin ningún tratamiento y los característicos trípodes, y, siempre en cantidad relativamente pequeña.

Más al norte falta también la cerámica roja y el influjo fenicio está representado principalmente por ánforas y trípodes, como en Cullera y cerca de Sagunto, en la provincia de Valencia; en Almenara y en el Puig de Benicarló, en la de Castellón; Alcanar, en Tarragona; Coll del Mor, en Barcelona, y, por último, en Ampurias y en un estrato pregriego de Ullastret.

Estos descubrimientos no deben inclinarnos a una supremacía fenicia; indican evidentemente unas relaciones comerciales, pero no muy intensas, a juzgar por el número de hallazgos.

Anforas y botellas de cuello estrecho debieron utilizarse en esta zona como *embalajes* para productos de comercio fluidos —respectivamente vino, ungüentos o perfumes—. También los trípodes parecen haber tenido en estas relaciones una función importante, hasta ahora no muy clara.

Cuando se fija otra vez la atención en la costa meridional de la Península, es necesario asegurar, resumiendo, que a pesar de la gran cantidad de lugares mencionados, sólo algunos (exclusivamente aquellos que contienen estratos limpios con hallazgos fenicios o ajuares cerrados de tumbas) pueden pertenecer al horizonte antiguo de poblados fenicios de los siglos VIII-VII.

Son, a saber, los asentamientos de Cerro del Prado, en Guadarranque; el de Guadalhorce, el de Toscanos, con las necrópolis Cerro del Mar y Jardín; el de Morro de Mezquitilla, con la necrópolis de Trayamar; el de Chorreras, la necrópolis de Almuñécar con su poblado correspondiente y el asentamiento de Adra; en total siete lugares, que harían ocho contando necesariamente con Cádiz.

Así pues, en la costa meridional peninsular, desde Cádiz hasta Adra, los fenicios fundaron asentamientos en los siglos VIII-VII a.C.

Detalle del sarcófago de la Dama fenicia de Cádiz (arriba).
Joyas fenicias de oro de Almuñécar, Granada (abajo izquierda).
Fragmentos de cerámica ática del siglo VII a.C. de Torre del Mar, Málaga (abajo derecha)

La dama fenicia de Cádiz

El día 26 de septiembre de 1980, en el curso de unas obras de excavación destinadas a la colocación de cimientos para una nueva construcción en la gaditana calle de Ruiz de Alda, fue hallado el más antiguo y valioso sarcófago fenicio de los que ahora conserva el Museo Provincial de Cádiz. La misma naturaleza de esta ciudad, más de tres veces milenaria, favorece hallazgos de esta índole y trascendencia arqueológica.

Algo menos de un siglo antes, en el año 1887, en el paraje de Punta de Vaca, aproximadamente a un kilómetro de distancia del punto del hallazgo de 1980, había sido hallado asimismo de manera fortuita el sarcófago antropoide del hombre barbado, hasta ahora la mejor representación de la presencia fenicia sobre suelo español. En este caso, la figura representada correspondía a una mujer joven, de serena belleza excepcionalmente representada sobre el mármol.

Conserva esta figura restos matizados de los colores con los que los tallistas del otro extremo del Mediterráneo animaban la blancura del mármol utilizado como materia a esculpir. De tamaño mucho mayor que el natural, como es común en esta especie de tallas de finalidad funeraria, la escultura que ya ha pasado a ser denominada Dama fenicia de Cádiz *puede ser considerada con absoluta seguridad como una de las más antiguas en su clase. Su realización se sitúa alrededor del año 460 a.C., fecha temprana en relación con las demás obras similares que conservan algunos museos del mundo.*

Estos sarcófagos sidonios, inspirados en las formas de enterramiento egipcias y ejecutados materialmente por artistas griegos, aportan señalados materiales de conocimiento de las costumbres vitales del pueblo fenicio, tanto en su centro físico de origen como a lo largo de la totalidad de su expansión mediterránea. El hecho de que tallas de esta envergadura fuesen realizadas a centenares de kilómetros del lugar donde fueron halladas habla por sí mismo tanto de los usos mantenidos por el pueblo fenicio como de la misma importancia adquirida por la ciudad de Cádiz como centro neurálgico de su presencia en el punto más occidental del continente.

Los intereses comerciales fenicios con los indígenas parecen centrarse en los minerales, como ya informan las fuentes. Basta fijarse en el viaje de Kolaios de Samos y el rico beneficio de 1.500 kilos en plata.

Para la historia de la economía las acumulaciones de escorias y las características toberas simples y dobles que se han encontrado en Toscanos, representan una fuente importante. Documentan una actividad metalúrgica autónoma de los fenicios en estos asentamientos.

Productos

Según todas las apariencias, los fenicios occidentales produjeron también púrpura en Toscanos, como dan a entender los correspondientes hallazgos de moluscos con señales de tratamiento iguales a los encontrados en Oriente.

Los productos de intercambio de los fenicios han consistido, junto a artículos de lujo, como los adornos de oro y marfil, mercancías a granel, como vino y aceite. También hay que contar con tejidos multicolores, sencillos unos y costosos otros; éstos ya se mencionan en el siglo IX a.C. como tributo fenicio a los asirios. A todo ello tal vez podría añadirse el comercio de esclavos, que no les era desconocido.

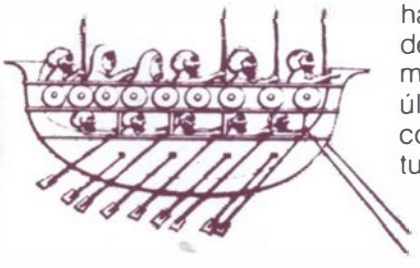
Los asentamientos fenicios de la costa meridional de la Península tuvieron sólida base económica en la agricultura y en la ganadería, a favor de lo cual habla la elección de los lugares donde se asientan los poblados.

También debió ejercer una función económica importante la altamente especializada manufactura de materias primas, de la cual el pueblo indígena, en su mayoría, no tenía conocimiento en aquel entonces.

Hasta aquí, lo que aportan las fuentes arqueológicas limitadas por las condiciones de conservación, entre ellas, por ejemplo, la metalurgia del mineral de hierro, la obtención de la púrpura y la producción de cerámica a torno.

Además, el libre intercambio de provisiones y objetos de lujo, debió representar un tercer factor en la vida económica de las factorías fenicias en la costa sur de la Península.

Las fundaciones de Gadir, Utica y Cartago, según las fuentes, dependieron de Tiro. La procedencia de los colonizadores de las ciudades de origen fenicio se deduce de los materiales arqueológicos: formas y tratamiento de la superficie de la cerámica, sobre todo la de la cerámica polícroma, y la de platos y jarras que están cubiertos completamente con un engobe rojo, al contrario de las formas cartaginesas del siglo VII; hallazgos de oro, urnas de alabastro y otras formas en piedra, y, por último, la manera de construir las casas y las tumbas.



Influencias chipro-fenicias parecen reflejarse en formas especiales: cerámica chipriota arcaica *(bichrome IV)* del siglo VII, de origen seguramente mediterráneo oriental, y jarras de bronce pudieron tener su origen en modelos chipriotas, ya que Chipre era una estación intermedia frecuente en los viajes al lejano Occidente.

El intento erróneo de explicar los asentamientos en la costa meridional de la Península Ibérica como fundaciones de Cartago, se basa en el gran parentesco que el material arqueológico presentaba en una fase ya superada de la investigación.

El estudio más detallado contempla al Próximo Oriente como país de origen y permitirá delimitar en el futuro la región de procedencia de los colonizadores.

La imagen arqueológica de las fundaciones fenicias cambia claramente cuando, después de los conflictos de las ciudades costeras fenicias con los asirios y su incorporación definitiva al nuevo imperio babilónico, Cartago asume la supremacía de las fundaciones fenicias en el Occidente.

Cartago domina entonces al hasta ahora socio Tartessos y funda, por su lado, colonias como Ibiza, que también es puramente cartaginesa dentro del carácter arqueológico, junto con lugares como Villaricos, frente al horizonte de asentamientos fenicios antiguos de los siglos VIII-VII, representado por Almuñécar, Trayamar y Toscanos. Ello supone una nueva fase de la presencia de la cultura mediterránea oriental en las costas de la Península Ibérica.

Bibliografía

Arnaud, D., *Le Proche Orient ancien,* París, Bordas, 1970. Blanco Freijeiro, A., *Arte antiguo del Asia Anterior,* Sevilla, 1981. Cassin, E.; Bottero, J., y Vercoutter, J., *Imperios antiguos de Oriente,* volumen II, Madrid, Siglo XXI, 1984. Gabriel-Leroux, J., *Civilisations de la Mediterranée,* París, Presses Universitaires de France, 1983. García y Bellido, A., *Fenicios y cartagineses en Occidente,* Madrid, 1942. Garraty, J. A., y Gay P., *El mundo antiguo,* Barcelona, Bruguera, 1981. Grimberg, C., *El alba de la civilización,* Barcelona, Daimón, 1982. Parrot, A.; Chebad, M. H., y Moscati, S., *Los fenicios. La expansión fenicia, Cartago,* Madrid, 1975. Presedo M. J., y otros, *Manual de Historia Universal,* Madrid, Nájera, 1983. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, Itsmo, 1975. Tovar, A.; Röllig, V., y Gamer-Vallert, I., *Historia del Antiguo Oriente,* Barcelona, Hora, S. A., 1984.

Mañana, alrededor del teléfono, algo maravilloso va a ocurrir.

Telefónica